

Felipe Polleri

LA INOCENCIA
y GRAN ENSAYO
SOBRE BAUDELAIRE



En *La inocencia* un cuarentón recuerda el incidente decisivo de su vida: la gran diatriba que lanzó contra su madre al sentirse el blanco de las burlas familiares, a los cinco años de edad. Gracias a ello el adulto vuelve a ser ese niño a fin de mejor entender a su familia y a toda la burguesía latinoamericana. Y en *Gran ensayo sobre Baudelaire* tenemos a otro personaje inolvidable que se halla contra las cuerdas: un escritor rencoroso y frustrado, que evoca la última conferencia de Baudelaire ante un auditorio hostil, minutos antes de su muerte. Dos novelas que desafían las coordenadas del género. Un autor que representa el mejor antídoto contra lo políticamente correcto: el máximo exponente de la «literatura acorralada».



Felipe Polleri

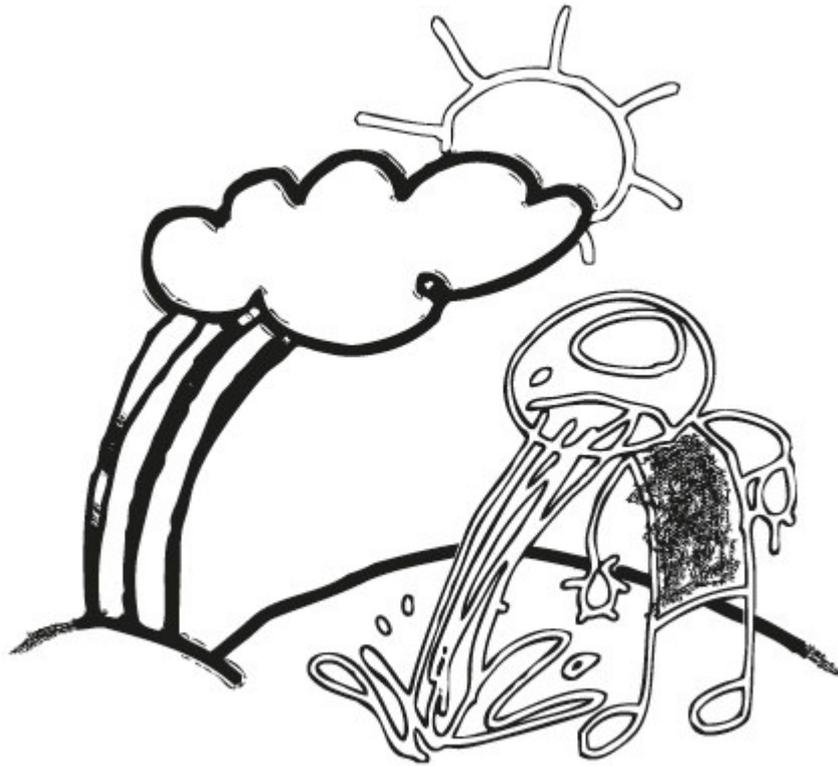
La inocencia y Gran ensayo sobre Baudelaire

ePub r1.0
Titivillus 14.03.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Gran Ensayo sobre Baudelaire* (2006), *La inocencia* (2012)
Felipe Polleri, 2015
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

LA INOCENCIA



Pocitos es un barrio de la ciudad de Montevideo, capital de Uruguay. El barrio se localiza sobre la vista del Río de la Plata, en torno a la playa del mismo nombre. Esta playa toma su nombre de la época en que las lavanderas acudían a ella, aprovechando las arenas limpias de la misma para lavar la ropa, haciendo pozos. [...] Es el lugar elegido por la clase media y alta de la sociedad uruguaya.

Wikipedia

I

Vivir a veces

Siempre me despierto en el apartamento de mi niñez, en un dormitorio negro como el edificio. Terror. Pero, bueno, sólo es cuestión de buscar el interruptor de la lámpara de la mesa de luz. Lo encuentro a tientas: no funciona. Claro que está la otra cama, y la otra mesa de luz. Alargo la mano y encuentro el interruptor: claro, no funciona. Recorro a tientas el cable (demasiados metros de cable porque es una pesadilla) hasta que palpo las dos patitas frías del enchufe. Algo o alguien, lo que está en el dormitorio, lo desenchufó; o está desenchufado porque en casa la dejadez o, mejor dicho, el desorden o, mejor dicho, el caos, era tan natural como el miedo a la oscuridad.

Salgo de la cama y avanzo en cuatro patas, para que si alguien quiere romperme la cara con una barra de hierro sólo encuentre el aire negro encima de mi espalda. Estoy decidido a matar a lo que se metió en el dormitorio de mis hermanas.

Porque las dos camas, las dos mesas de luz estaban en el dormitorio de mis dos hermanas.

Suena el timbre de la puerta. A las tres de la mañana.

Es un hombrecito andrajoso que viene a entregar el *Diario Imperial*. Mamá, vieja, gorda en camisón, me dice que nunca compra el Diario Imperial.

Yo, en calzoncillos, voy a echarlo.

El hombrecito tiene una barba gris que se espesa debajo de los ojos. Una especie inofensiva de hombre lobo, con un grueso paquete de diarios bajo el brazo flaco y curtido. Le abro la puerta de la cocina, la de servicio. La puerta principal, la del *living*, es para los invitados; aunque nunca hay invitados; aunque siempre el *living* está tan reluciente como vacío, porque mis padres no hacen vida social desde que nació. Antes de echar al hombre lobo, mamá se acuerda de que publicó un aviso en el Diario Imperial.

(El caos). La puerta de la heladera está pegada con cinta adhesiva. La cinta adhesiva es un artículo de primerísima necesidad en el apartamento. La dejadez, insisto, el desorden, el caos. Todo lo que se rompía era arreglado con cinta adhesiva. Ya habría tiempo, el año que viene o nunca, para llamar a un operario. Compro el Diario Imperial; era natural que Mi familia («el abolengo de Mi familia») publicara sus avisos en el Diario Imperial.

Sospecho que el aviso en el Diario Imperial es para vender algún mueble, o alguna antigüedad, del resplandeciente *living* vacío. Mamá, no sin elegancia, es decir, en el Diario Imperial, dos por tres vendía alguna de sus «cosas» para pagar la hipoteca o la cuenta de la luz o, sencillamente, para comer.

Ni siquiera odio a mamá, a mamá y su Diario Imperial; la desprecio como se desprecia a la mentira.

Tal vez, la odio. No importa si la odio o la desprecio: me cago en la diferencia, como me cago en el Diario Imperial, en el aboleo de Mi familia, en mi padre y en ese edificio de mierda donde vivimos desde que tengo memoria.

En ese edificio de locos.

Todos los propietarios consideraban una ordinariéz imperdonable reírse o hacer la más tímida pregunta personal.

Nos saludamos dignamente, muy dignamente, si tenemos la desgracia de encontrarnos en el ascensor. El ascensor principal.

Si alguna sirvienta nueva o «estúpida» usara el ascensor principal, cosa del todo escandalosa e imposible, pero al fin y al cabo posible, ya el portero se encargaría de ponerla a gritos en su lugar: el ascensor de servicio, el ascensor de las sirvientas y los «proveedores».

Claro que a veces los propietarios no usaban ninguno de los dos ascensores: se tiraban del quinto piso y ni siquiera se mataban. Se rompían algunos huesos contra el toldo de un coche de otro propietario, ayudados por una ráfaga de viento que no les permitía librarse de la condena de haber nacido en ese edificio de locos, en ese mausoleo de nueve pisos y mármol y espejos y cadáveres en el ascensor, de pie y bien trajeados, gordos o flacos, pero viejos, pero muertos.

Ya dije que a veces teníamos el «mal gusto», claro que involuntario, de encontrarnos en el ascensor o en la planta baja donde el portero nos besaba el culo (más a los más ricos, menos a los que publicábamos avisos en el Diario Imperial), disfrazado de general y con esa carota roja de borracho incurable; mientras la infeliz de su esposa, esquelética y con un moñito blanco, lustraba el pasamanos dorado de los ocho escalones que subían a la puerta principal.

En la planta baja, en el «hall», había plantas florecientes y sillones cómodos donde los viejos panzudos, los que habían amasado su fortuna a partir de la falta de escrúpulos y de un almacén en Tacuarembó, fumaban un habano en soledad porque sus mujeres no les permitían fumar en los apartamentos que habían comprado robando a destajo.

Los que se tiraban de los balcones, amplios y con sillas y sillones blancos de jardín, eran generalmente solteronas y solterones porque sus padres nunca habían aprobado a los grasas con que habían pretendido casarse. También, se me dijo, alguna de esas damas envejecidas o alguno de esos caballeros envejecidos, vírgenes las unas y los otros, se tiraron un pedo en plena cena, y no pudiendo soportar la muda pero feroz reprobación de la familia, la vergüenza consecuente, no encontraron otra alternativa que subir una pierna y después la otra, tal vez con ayuda de una de las sillas blancas de jardín, y se lanzaron a la oscuridad (los intentos de suicidio eran infaliblemente nocturnos) como quien se libra de una sirvienta demasiado negra, o como quien se lanza en los brazos de aquella sirvienta negra que los había querido y había sido la única persona viva de la casa, además de algún geranio o el gomero, porque no se permitía tener animales vivos en el edificio. Tenían que estar disecados como papá o la abuela Teté, a la que no se le podía decir abuela porque aunque tenía 68 años parecía de 42 si uno la miraba como debía, si uno estaba tan amaestrado que no la confundía con una momia siniestramente resucitada por uno de esos propietarios de ojos saltones y boca corrompida que debían hacer ritos satánicos, y orgías con sacrificios de niños, cuando no se disfrazaban de caballeros para subir o bajar por el ascensor principal; en caso de que no fuera la atmósfera, irrespirable, completamente artificial, tan gris y muerta como un muerto de cáncer de cien años, atmósfera que habían comprado los propietarios junto con el edificio, la que los mantenía entre la vida y la muerte, en esa muerte en vida que todavía hoy, cuarenta años después, me veo obligado a respirar en mis pesadillas más asquerosas.

Si los propietarios eran famosos médicos o abogados o grandes comerciantes, los hijos y las hijas eran pálidos y esqueléticos (y generalmente dementes) y pálidas y esqueléticas (y generalmente dementes) y coleccionaban sellos de Andorra y soldaditos de plomo o muñecas de porcelana y manteles de encaje, además (los dementes) de estudiar la misma profesión de sus padres y (las dementes) de aprender a tocar el piano y recitar de memoria los poemas de Amado Nervo; si no estaban delirando encerrados o encerradas en el cuarto más secreto (inhallable en los planos) del apartamento. Debidamente medicados, pálidos y esqueléticos, pálidas y esqueléticas, bajaban y subían en el ascensor con un extraño temblor en los labios y los ojos completamente muertos y enterrados. En realidad, no me acuerdo de un solo hijo o hija que no estuviera completamente loco o loca.

Los padres y madres, en cambio, derrochaban esa terrorífica cordura de los vampiros; nosferatus con orejas de ratas y labios bien apretados para no mostrar los colmillos: los vampiros, por más muertos que estén, saben que viven de la sangre ajena (de los hijos, por ejemplo) y no vacilan a la hora de buscarse el sustento allí donde esté, a diferencia de sus hijos dementes que ignoran sus intereses como todos los locos. La cordura de los vampiros, repito, aunque posiblemente fuera otra clase de locura, porque en el edificio todos estaban locos de atar, era más aterradora que la locura de sus hijos con sus temblores, espasmos, crisis repentinas (el balcón o pasearse en pelotas en el ascensor, los hijos; el balcón o pintarrajearse como putas, las hijas, una muñeca de porcelana en brazos a la que le hablaban y a la que presentaban, ya como hijas legítimas, ya como hijas ilegítimas; en este último caso, con una torcida sonrisa en los labios embadurnados de rojo y con dos manchas de colorete en las mejillas hundidas, si uno las encontraba subiendo o bajando en el ascensor, porque el portero tenía orden estricta de no dejarlas, o dejarlos, salir del ascensor, salir a la calle en ese estado, no fuera cuestión que las vieran los propietarios de enfrente, cosa infinitamente más humillante para la familia, que ya el célebre pedo en medio de la cena, pedo que llevó al suicidio a más de la mitad de los hijos y las hijas de los propietarios. Al menos, eso me decía el portero cuando yo le preguntaba por qué se había suicidado, o intentado suicidarse, el hijo o la hija del doctor o el abogado.

—Se tiró un pedo —me decía, grave y solemne como un general.

Cuando le dije a mamá que el hijo del médico se había tirado un pedo, explicando el suicidio o el intento de suicidio, se rio de mi «inocencia» y repitió mi estupidez a todos los miembros de Mi familia, al oído, a uno por vez, encantada con mi inocencia, con mi pureza. Así descubrí que el hijo de puta me había mentido; no lo denuncié porque le tenía miedo, todos los hijos le teníamos miedo, porque era un general y porque los propietarios más ricos del edificio siempre lo alababan en las reuniones de consorcio; el hijo de puta era su protegido, a pesar de ser un gordo borrachín y lame culos, uno de los animales más repulsivos que nacieron en el mundo, es decir, en el edificio; en fin, el hijo de puta era poderoso, porque sus protectores eran los propietarios más ricos del edificio, y mis protectores los más pobres o casi, y por otra parte era impensable una discusión en las reuniones de consorcio, porque las discusiones son de pésimo gusto, y el hijo de puta reventó siendo portero del edificio, sin que yo y los otros hijos pudiéramos hacer algo para que lo echaran a patadas en el culo, como él echaba a los «proveedores» y demás canallas, y a las sirvientas negras o gallegas. Mi único consuelo, pálido y esquelético como un hijo o una hija, es que reventó gracias a un cáncer de hígado, que espero que haya sido tan lento como doloroso; espero que haya reventado chillando como un puerco, mientras sus protectores estaban en Punta del Este, bien encerrados en la elegante oscuridad de su mansión aparentemente blanca, pero negra como el edificio era aparentemente blanco pero era negro debajo de las continuas manos de pintura que la negrada le daba, después de negociar el precio con los propietarios, negociación que la negrada siempre perdía, por muerte, porque lo

blanco siempre le gana a lo negro, aunque lo negro sea la realidad, la verdad, escondido debajo de miles de manos de pintura, más blanca que las damas sureñas de *Lo que el viento se llevó*, esa película de mierda que todos en el edificio habían visto cientos de veces para reafirmar sus convicciones más entrañables, y que habían disfrutado hasta la locura.

Yo estaba en Nueva York, donde estaba papá cuando nació, y había una tormenta en Nueva York: vientos salvajes, olas monstruosas. Y la Estatua de la Libertad se había transformado en un gigante verduzco, antorcha en alto pero jorobado y harapiento, que arrastraba un pie sobre el lecho del puerto, avanzando hacia Nueva York. Esta cosa inmensa, de metal oxidado, avanzaba rengueando hacia Nueva York, la cabeza hundida y casi invisible debajo de la capucha rotosa, el brazo demasiado largo y alto con la antorcha, avanzaba rengueando, como una montaña de hierro oxidado que se hubiera rebelado, para destrozar Nueva York hasta los cimientos. Y yo, en Montevideo, asustado, pero feliz, la veía avanzar hacia el puerto, hacia los barcos, en uno de los cuales estaba papá cuando nació, porque era capitán de marina, feliz y consciente, a pesar de mis pocas horas o días o semanas de nacido, yo estaba feliz como un demonio porque papá no estaba cuando yo nació, estaba donde no debía estar, en el puerto de Nueva York, en uno de esos barquitos que la Estatua de la Libertad pisoteaba, rompía, asesinaba, en su avance hacia Nueva York, desde el que papá me trajo un osito de peluche que todavía guardo, mi único amigo de la niñez en la oscuridad.

Mi padre, retirado de la marina, donde su padre lo había encarcelado para que la disciplina militar enderezara al «cabeza hueca» de la familia, caminaba muy erguido, ridículamente erguido, como si tuviera una tabla en la espalda, con porte militar, pero nunca se enderezó: hacía uno de sus «fabulosos negocios» unas tres veces al año (que se comían tres veces al año las rentas y propiedades de mamá) e iba al Yacht Club disfrazado de «aristócrata» para que sus amigos «aristócratas» lo invitaran a pasear en sus yates blancos como servilletas; es decir, mi padre era un completo inútil y un completo imbécil que, por otra parte, dedicaba algunas horas mensuales a la genealogía y a la heráldica. No era el único inútil, ni el único imbécil en el edificio que, además de empobrecer y arruinar a su familia con sus «fabulosos negocios» (por lo que mamá tenía que vender sus propiedades en el Diario Imperial), que se dedicaba a la genealogía y a la heráldica. Todos en el edificio buscaban a sus condes y marqueses en alguna rama lateral. Porque la genealogía y la heráldica, además de atraer invariablemente a los mariposones, atrae a los inútiles y a los imbéciles que se consuelan de su completa inutilidad y de su completa imbecilidad pensando que las supuestas glorias de sus antepasados los colocan muy por encima de la gente común y corriente: como si la valentía y la inteligencia se heredaran. Que se heredaban creían los inútiles y los imbéciles del edificio, basándose en teorías genéticas, ya no supuestas como las glorias de sus antepasados, sino directamente falsas, más falsas y repulsivas que la blancura del edificio negro.

Fui, según documentan las fotografías, un «lindo niño»; afeado, claro está, por las ronchas, los mocos, los estornudos, las pústulas, etcétera, de todo «lindo niño» alérgico a todo. A la Vida, en primer lugar. Al Gran Todo.

Porque mi locura empezó en la niñez: tristeza constante, apenas interrumpida por inexplicables ataques de furia, «alergia» (mocos y pústulas en las cuatro estaciones, que eran una manifestación física, una así llamada somatización, de mi enfermedad mental incurable), desmayos tan repentinos que nadie atinaba a impedir que me reventara contra el suelo, etcétera, etcétera.

Excepto para mi familia, era para todos evidente que mi cuerpo flacucho y encorvado, lleno de manchas y cáscaras en diferente estado de maduración, era un cuerpo loco. Yo quería esconderme de las miradas de los otros. Pero no podía esconder mi cuerpo porque nada puede esconderse, antes o después grita o chilla o canta, como yo estoy cantando ahora, porque nada puede esconderse, como yo no puedo esconder mi locura, o mis ojos, la desesperada tristeza de mis ojos tristes y desesperados que ya no abro, que solamente abro para escribir, porque nadie soporta verlos, ni siquiera yo mismo, yo menos que nadie, como nadie soporta leer lo que escribo, ni siquiera yo mismo y yo menos que nadie, aunque me esté riendo como ahora.

Mamá necesitaba creer que todo el mundo era «bueno», incluidos los chiquilines que me cagaban a patadas todos los días frente a sus narices, y de los que yo no me defendía porque si todo el mundo era «bueno» los chiquilines que me cagaban a patadas todos los días eran buenos, perfectamente buenos como mamá, aunque me cagaran a patadas todos los días, todos eran buenos, desde los propietarios del edificio hasta los chiquilines del parque que me cagaban a patadas todos los días, y de los que no me defendía porque yo también era bueno y los niños buenos no cagan a patadas a otros chiquilines buenos, por decreto materno, que es el mejor y el más indiscutible de los decretos, por más que me cagaran a patadas todos los días, me insultaran y me humillaran, etcétera, etcétera, yo le creía a mamá (hasta que llegó el glorioso día en que no le creí, en que temblando de alegría, feliz por primera vez y para siempre, descubrí mi ferocidad innata y golpe a golpe, como diría Serrat, patada a patada, fui mandando al hospital, aunque naturalmente hubiera preferido matarlo, a uno de los hijos de puta que me cagaban a patadas todos los días, es decir, antes de que Disneylandia, la Disneylandia de mamá, fuera tomada a sangre y fuego por un servidor).

Vivía, vivíamos, en un mundo «bueno»: en la versión materna de Disneylandia, mucho más feliz e inofensiva que la del hijo de puta de Walt Disney, ese nazi congelado, porque todos los hijos de putas rematados son incurablemente sentimentales y lloriquean al recordar la Infancia, y adoran a los niños y a los perros y lloran y lloriquean y lloran y lloran y lloran con Bambi, y sueñan y construyen palacios de cuentos de hadas, ciudades de cuentos de hadas, como Disneylandia, profundamente falsas, porque si fueran verdaderas ellos serían los primeros en tener prohibida la entrada. Claro que también había un mundo «malo», que nunca se nombraba, que no existía, pero donde vivían los ladrones y los asesinos, las sirvientas y los «proveedores», siempre haciendo chanchadas, aunque nadie los viera, en todos los huecos del edificio.

Venía.

Venía el Salvaje de unos quince años, robusto y de ojos azules, que ya debe estar muerto o encerrado en un manicomio, que por alguna razón desconocida simpatizaba conmigo, pero no simpatizaba con el Gallego. Venía de otro lugar, un lugar inexistente. Venía, mirando fijo al Gallego, resuelto a destruirlo con una violencia salvaje, la violencia de ese otro lugar del que venía. Venía con un salvajismo que nos aterraba. Aterraba también a los caballeros que, aterrados por el salvajismo que el Salvaje descargaba sobre las costillas y la cara ensangrentada del Gallego, se alejaban rápidamente. Los viejitos, la última generación batllista, se acercaban a una distancia prudente, para hablar de la paz y la tolerancia. El Salvaje los miraba como si estuvieran locos y enseguida con una mueca de desprecio; esos carcamales no sabían lo que era la verdadera vida: una golpiza que das o te dan hasta cagar sangre y sangre y sangre cada vez más negra. En ese otro lugar, en su lugar, lejos de la comedia de costumbres de la clase media, o directamente de la burguesía, el salvajismo era el único Capital que tenías y tenías que destruir a alguien una vez al mes para conocer tu Estado de Cuenta. En realidad, el Salvaje no hacía nada distinto a los caballeros y los viejitos: ellos se respaldaban en su Estado de Cuenta al que consultaban una vez al mes y el Salvaje se respaldaba en su salvajismo al que consultaba una vez al mes o todas las semanas o todos los días.

Yo lo entendía, por más que también entendiera que no iba a vivir mucho.

Al menos venía de otro lugar, no de mi lugar, de un lugar habitado por guerreros que como todos los verdaderos guerreros sabían que había que enloquecerse para matar y morir como un hombre de verdad. En mi barrio no había hombres, sino caballeros y viejitos a los que nunca les habían ensangrentado la cara a rodillazos, protegidos desde el nacimiento por la Cuenta Bancaria de sus padres y sus apartamentos y sus ascensores, cosas que el Salvaje jamás había conocido o soñado porque usaba un traje marrón sucio y harapiento que le había robado a alguien, vivo o muerto, posiblemente muerto (algún amiguito de su madre, si tenía madre) a quien seguramente también le había dado una paliza brutal o mortal.

Me acuerdo del Salvaje tal vez porque le simpatizaba, porque veía en mí que yo no era de su lugar y tampoco del mío, porque era de otro lugar como él, y no de mi lugar al que yo odiaba con un salvajismo muy parecido al suyo, demente, salvaje, incomprensible para mí mismo, como su salvajismo era seguramente incomprensible para él: dos locos perdidos definitivamente tanto para mi lugar como para el suyo, aunque simuláramos pertenecer a un lugar para sobrevivir día a día, pero sospechando que terminaríamos muertos o encerrados en un manicomio demasiado pronto, ya que la sobrevivencia depende de la pertenencia a un lugar, el suyo o el mío, y estábamos demasiado locos para ser parte de un lugar, cualquiera, el mío o el suyo, demasiado locos, demasiado rotos, demasiado enfermos, incurablemente enfermos, mejor dicho, para que una vuelta a su lugar o al mío fuera posible todavía.

Sólo podíamos huir hacia adelante: él hacia el asesinato, yo hacia el suicidio. Porque ya se sabe que los psicópatas matan y los neuróticos se suicidan, como yo pensaba en suicidarme todos los días, y todos los días, para no hablar de las noches, dedicaba horas al tema: tirarme de la azotea, estricnina, cortarme las venas, ahorcarme, etcétera, etcétera, para no convertirme tarde o temprano en un muerto en vida como los propietarios del edificio, como mi padre o mi madre, o como esos caballeros y esas damas, muertos en vida, muertas en vida, que en la cena llamaban a las sirvientas, uniformadas de sirvientas, con una campana de plata, que también sonaba a muerte, como los cubiertos de plata y las bandejas de plata y los picaportes plateados. Y los picaportes dorados. Que las sirvientas, uniformadas de sirvientas, tenían que frotar durante horas, todos los días, horas encorvadas sobre una cuchara de plata, que siempre me parecía la misma, y horas en cuatro patas encerando el *living* y lustrando,

siempre lustrando, el tope dorado en forma de S de la puerta del *living*, y las antigüedades y los caireles de las lámparas y las patas de maderas (nobles) de las sillas, etcétera, etcétera, por lo que naturalmente nos odiaban y nosotros, los hijos, a ellas: negras de mierda, resentidas, enanas, ladronas y vengativas.

Una de esas negras me llenó la almohada de agujas hasta que, después de hacerle un juicio sumario en el *living*, con las agujas definitivamente rescatadas de la almohada, mamá la despidió, aunque esa negra lameculos era una de las protegidas de mamá; la despidió porque aunque yo no fuera un lameculos era su hijo y mi vida había estado en peligro, a menos que haya sido yo el que llenó la almohada de agujas, cosa que dudo, cosa que no creo ni creeré jamás, porque siempre las agujas me aterraron gracias a mamá; las agujas avanzaban, decía mamá, lentamente hacia el corazón, a través de las venas o algo así, hasta que se te clavaban en el corazón y te mataban de golpe, aunque según mamá no había nada que no fuera mortal: los palos, los juegos, el agua, el calor, la lluvia, la falta de calcio, la apendicitis, y todo dolor de estómago era una apendicitis, los lunares y los granos, la leche no lo suficientemente hervida (porque la hervía tres veces), etcétera, etcétera. También ciertas amistades eran mortales: me prohibió jugar con el Pelado, con mi mejor amigo, porque el Pelado había venido de otro lugar, como el Salvaje, y tenía una peladura en medio del cráneo, seguramente contagiosa, tal vez alguna clase de lepra, alguna de esas enfermedades mortales traídas de algún lugar, del otro lugar, aunque el otro lugar no existía o no debería existir, salvo para proveernos de sirvientas y «proveedores» que nos contagiaban sus enfermedades mortales.

Porque todo era contagioso y mortal, ésa era una de las chifladuras de mamá, me torturaba y nos torturaba en busca de una tranquilidad siempre precaria, siempre enferma, pero imprescindible para su tranquilidad, siempre precaria, siempre enferma, haciéndome dar, por ejemplo, aunque abundan los ejemplos, inyecciones de calcio todos los días, ya en la nalga derecha, ya en la izquierda, para alegría de las sirvientas, uniformadas de sirvientas, que me odiaban como yo a ellas, como ellas a mamá, aunque le lamieran el culo, hasta ser despedidas y dedicarse a la prostitución en ese otro lugar desde el que venían, desde el que las traían con sus bacilos y sus enfermedades venéreas, por lo que mamá no les permitía hacer la comida, que hacía «una señora de confianza»; como mucho se les permitía a las sirvientas llevar la comida a la mesa con guantes blancos al llamado de la campana de plata.



Yo, a diferencia de mamá, sabía que no era «bueno», y menos todavía perfectamente bueno, lo que, como es natural, produjo una resquebrajadura de 50 metros de largo en mi así llamada identidad, porque mi irreparable desconsuelo por no ser un niño «bueno», es decir, amado por mamá sólo me cortó por la mitad y, claro está, de ningún modo me libró de ser, como todo el mundo, un niño «malo», también malo como todo el mundo, y si no caí en la esquizofrenia lisa y llana, fue porque más o menos inconscientemente, pero tal vez conscientemente, inconsciente y conscientemente, fui también un niño «malo», en la medida de mis posibilidades, escasas, casi nulas, pero heroicas.

Soy un héroe. Porque mi carácter heroico, este carácter espontáneamente heroico que me distingue, fue corroyendo el desconsuelo y la culpa, el dolor insoportable que me producía desilusionar a mamá, aunque fuera en secreto, en forma inconsciente, en forma inconsciente y consciente al mismo tiempo, inconsciente y consciente, consciente e inconsciente, aunque fuera de espaldas a mí mismo o de costado y otra vez de espaldas, a mamá y a mí mismo, la «maldad» se abrió paso con una valentía inaudita, propia de mi carácter heroico, y fui «malo» a escondidas, en secreto, pero sabiendo que me estaba preparando para ser «malo» en público, es decir, frente a los ojos de mamá y los propietarios y el mundo entero, «malo» como hoy, como ahora, que estoy escribiendo estas memorias más que «malas», malvadas, repugnantes, asquerosas y verdaderas o, mejor dicho, sinceras en la medida que la sinceridad puede tener alguna relación, siempre dudosa o mejor dicho quimérica, con la realidad.

Estas memorias sin amor. Sin piedad, porque a fin de cuentas nadie me la pidió en mi niñez, ni en mi adolescencia, ni en mi juventud, ni en mi madurez, porque si mamá, en algún momento de imperfección, me la hubiera pedido, cosa que nunca hizo porque siempre fue totalmente perfecta y sobre todo perfectamente «buena», yo, tal vez, si ella me la hubiera pedido, no de rodillas, bien sentada en su sillón preferido me la hubiera pedido una sola vez, me hubiera dicho perdón una vez, una sola vez, yo la hubiera perdonado y no estaría escribiendo estas memorias perfectamente «malas» y perfectamente «malvadas», como ella fue perfectamente buena: ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, quemadura por quemadura, herida por herida.

Dicen que fumo demasiado, que mi adicción a los psicofármacos (porque estoy loco) es un tiro lento en mi cabeza, que escribir de noche y dormir de día, etcétera, etcétera. Dicen que la vida es sagrada, pero hay que darle tanto espacio, tantas comodidades, a la muerte como a la vida, un sano equilibrio, para que Eros y Tánatos lleven a cabo su lucha, su lucha amorosa, como un hombre y una mujer, como una pareja equilibrada, sanamente equilibrada, porque la salud es tan o más mortal que la enfermedad, la mayoría de la gente se muere por culpa de la salud y no de la enfermedad, por no dejar que la enfermedad, cuanto más grave mejor, pese en el otro platillo de la balanza, porque así como nacimos para vivir y sobre todo para morir, hay que darle todos los días la mitad o más a la muerte; porque la muerte se venga puntual y brutalmente de aquellos que le cierran la puerta; hay que dejarla entrar para que conviva con la vida, como dicen los filósofos, y como decía el tío Willy, mi tío alcohólico, que vivió hasta los 54 años en perfecta armonía con la vida y la muerte, «que coman pasto las vacas», decía el tío Willy que casi no comía, y odiaba las frutas y sobre todo las verduras, sobre todo el pasto, hablando de algunos conocidos que siguen comiendo pasto asistidos por tres enfermeras en una casa de salud entre otros enfermos de Alzheimer, si no los partió un rayo o un accidente de tráfico a los 42 años y allí quedaron, con un vómito verde lechuga a la izquierda o a la derecha de la boca abierta.

Se me habla del tabaco, de los psicofármacos, etcétera; pero les aseguro que sin ese espacio que siempre le concedí a la muerte, estaría muerto desde hace veinte o treinta años, por culpa de la vida: ese castigo, esa otra muerte que tenemos la obligación de apartar y apartamos, si queremos vivir, apartamos 24 horas al día o al menos 16 o al menos 12 horas al día, si queremos sobrevivir a ese castigo, a esa condena, a ese aburrimiento que mata a los sanos y a los saludables a los 40 años o, peor, no los mata y tienen que vivir hasta los 80 años con babero y pañales y andador y creyendo que el camello que entró a su cuartito de la casa de salud, dos (o 20) camas por cuarto, es su hijo, aunque no tengan hijos, que se disfrazó de camello o perro o gorila para entretener a las viejas o viejos, en manos del titiritero, con su camello verde y su perro amarillo y su gorila violeta, como mamá me confundía con un camello o con el tío Willy o con su madre, a los 80 años, cuando su madre había muerto hacía 40 o más, y yo como un títere representaba a un camello o a su madre o al tío Willy o alguna de sus amigas viejas o muertas disfrazado de su hijo, o al revés, qué importa, si ella sólo podía babearse o decir que el médico le hacía «proposiciones indecentes», para no hablar de los negros que todas las noches querían entrar para violarla, a ella que siempre fue una dama, no fumó, no probó el alcohol, etcétera, etcétera, para terminar convertida en un montón de mierda lloriqueante y babeante que no sabía quién era, ni quién era yo, ni dónde estaba, ni qué le dolía, aunque se quejaba a gritos o, mejor dicho, con sonidos guturales como un animal herido de muerte, al que no se le permitía morir, porque las sondas, el oxígeno, el colchón de aire, los masajes, etcétera, etcétera, le salvaban la vida que es sagrada, aunque se cague encima y apeste, el juramento hipocrático la mantenía con vida, lejos de Holanda y la eutanasia, porque la vida es sagrada como gritan esos idiotas que gritan POR LA VIDA y contra el aborto y la eutanasia, qué valiente, qué humano, pero sobre todo qué valiente es protestar contra el aborto y la eutanasia, hubieran protestado contra la dictadura, desde siempre prohibidos en este país de mierda, gritar que se prohíba lo prohibido, porque nunca vieron a un viejo o a una vieja cagándose encima y delirando sobre los negros violadores, con babero y rodeados de viejas locas que caminan de un lado a otro o están atadas a sus sillas, delirando también, o preguntando la hora por centésima vez en una hora, o siendo atacadas por gatos imaginarios cien veces en una hora, a los que hay que espantar, por gatos, leones, manadas de lobos o rinocerontes, en el colmo de la angustia, del terror, caminando de un lado a otro, las manitas tapándose los ojos, gimiendo y lloriqueando porque la vida es sagrada.

Mientras tanto mamá y papá eran felices, es decir, infelices a su manera libremente elegida, y por lo tanto felices, o tal vez infelices; cosa que no me importó nunca, ni veo por qué debe importarme ahora que están muertos y enterrados. Lo único seguro es que yo era infeliz y que odiaba su felicidad, o infelicidad libremente elegida, porque yo no había elegido nada, salvo odiarlos, en el caso de que el odio sea una elección, difícil, dolorosa, devastadora, pero elección al fin libremente elegida, cosa que no me importó nunca, ni veo por qué debe importarme ahora que están muertos y enterrados, pero no sin antes dejarnos en la miseria, como siempre me habían dejado huérfano, en manos de las sirvientas a las que odiaba y que también me odiaban.

Mientras yo me paseo, subo y bajo, desnudo, en el ascensor de servicio; mientras mi hermana pasea a su muñeca de porcelana en el ascensor principal, o al revés; mientras papá sube con un salto juvenil a un yate blanco como una servilleta; mientras mamá, disfrazada de Vivian Leigh, está viendo *Lo que el viento se llevó*; mientras mi otra hermana se está tirando del balcón; mientras yo bajo, desnudo, en el ascensor principal junto a la familia del cuarto piso: dama, caballero, hijo menor en traje de novia, hija menor vestida e hija mayor, que está tirándose del balcón al mismo tiempo que mi hermana menor, mayor que yo, por lo que teniendo en cuenta las diferentes alturas de los respectivos balcones resulta evidente cuál hermana tocará el suelo en primer lugar, llegará primero a la meta, si ninguna hace trampa, por ejemplo estirando un brazo para tocar primero la baldosa que le tocó en suerte o ayudando a la ley de la gravedad con la maceta y el gomero, cosa que ninguna hace por lo que mi hermana termina montada sobre la otra hermana, como quien monta un caballo desesperado, como un centauro hembra o algo así.

Mientras papá timoneaba un barquito de papel, hecho con algunas servilletas blancas, y mamá vivía en Disneylandia, o directamente en el Paraíso, yo jugaba al fútbol en el parque con los hijos de los porteros, los grasas: el Gallego, el Estampilla, Rodríguez, el Lelo, el Pelado, etcétera, etcétera, porque yo era el único hijo del edificio al que le permitían jugar con los grasas, aunque no me lo permitían, simplemente iba a jugar con ellos sin permiso; era la dejadez, el caos, el abandono, mejor dicho, lo que me permitía jugar con los grasas sin que Mi familia se enterara porque nunca se enteraba de nada importante, Mi familia jamás se enteraba de nada importante, o no importante, mamá y papá abandonados a su felicidad, o infelicidad, libremente elegida, nunca se enteraban de que me habían cagado a patadas en el parque, ni de que alguno o varios de los grasas me habían dado una paliza merecida, cosa que reconozco, por ser el hijo de un propietario y no de un portero.

Volví, roto y sangrando, pero invisible, a encerrarme en mi cuarto donde vivía Dickens: *Oliverio Twist*, huérfano como yo.

El único hijo del edificio que estaba cuerdo solía pasearse en el «hall» vestido de novia, con el resplandeciente vestido de novia robado a su madre.

Un vestido resplandeciente, blanco como el edificio negro, lleno de voladitos y tules vaporosos, que Alejandro lucía desvergonzadamente para avergonzar a su padre (otro inútil y otro imbécil que se dedicaba a la genealogía y a la heráldica con una pasión excesiva, incluso para los parámetros del edificio).

Era un muchacho buen mozo y bien humorado, aunque fuera «un homosexual» como decía mamá o un «maricón» como decía papá, aunque fuera más duro y menos afeminado que todos los hombres del edificio, excepto cuando se vestía de novia para mover las caderas sobre los tacos aguja, como una reina del Carnaval.

Ni siquiera el portero, ese borrachín enorme y brutal, se animaba a decirle una palabra, por miedo de que Alejandro, alegre y serenamente, le rompiera la narizota roja de una de esas trompadas tan rápidas que les pasaban desapercibidas a quienes las recibían, incluso a todos los «machos» del edificio y alrededores, también al portero, antes de rebotar en los ocho escalones de la entrada del edificio, la única vez que se burló de la novia, porque estaba más borracho e inconsciente que de costumbre, hasta que Alejandro, varios años mayor que yo, se fue del edificio para no volver jamás, cosa que debimos haber hecho todos los hijos de los propietarios, vestidos de novia o no.

Como teníamos dos autos, si papá no le había dado el último toque a uno de sus «fabulosos negocios», y solamente recorríamos las avenidas principales si teníamos que alejarnos del barrio, podía decirse que, salvo nuestro barrio, no conocíamos Montevideo en absoluto. Porque nuestro barrio no era un barrio, sino un barrio residencial, es decir, lo opuesto a un barrio, lo totalmente opuesto a un barrio.

En los barrios no residenciales, se nos decía, vivían los grasas: gentuza que se peleaba a gritos en la calle y se sentaba en el cordón de la vereda a bajar los refuerzos de mortadela con un escarbadietes entres los dientes, que no tenían, y hablaban de fútbol con los vecinos hasta que, ya fuera porque estaban borrachos, ya fuera porque eran hinchas de cuadros distintos, se acuchillaban, mientras las mujeres sucias y sobre todo despeinadas chismorreaban haciendo como que barrían la vereda, o algo así.

Veraneábamos en Punta del Este, si papá no le había dado el tiro de gracia a uno de sus «fabulosos negocios»; veraneábamos en casas blancas e interminables y rodeadas de jardines verdes e interminables, por los que mamá se paseaba con una sombrilla y sus sirvientas o con una sombrilla y sus amigas, esposas de estancieros y diplomáticos, mientras yo jugaba con un palito en el que trasladaba a las hormigas, perdidas como yo, al hormiguero (o me pasaba horas despegándome, arrancándome, alguna de mis cáscaras) o me hacía la paja en mi dormitorio con vista al mar, a los yates blancos como servilletas, timoneados por papá, al horizonte esmeralda, etcétera, pensando en la sirvienta, joven y blanca, que mamá había contratado por el verano, y con la que pensaba fugarme, y casarme, porque estaba enamorado, aunque me ruborizaba y bajaba la vista cada vez que se me acercaba, uniformada de sirvienta, para decirle al señor, es decir a mí, que era hora del té.

Mamá era extraordinariamente elegante y extraordinariamente fea, como papá era extraordinariamente elegante y extraordinariamente buen mozo (estilo: capitán británico). Yo me parezco a él y no a mamá: ese loro obeso, con sus ojitos diminutos y su gran pico curvo, trepado a un globo, vestido por los mejores modistos del país y del extranjero.

Fue un casamiento, digámoslo así, de apellidos ilustres, porque tanto mi padre como mi madre se enamoraban de los apellidos y no de hombres o de mujeres como se acostumbra entre los grasas.

Papá nunca se hubiera enamorado de una sirvienta apellidada Silva, como se apellidaba la sirvienta joven y blanca y dulce como un pajarito que mamá había contratado por el verano.

—Es dulce como un pajarito —pensaba yo, en un arranque lírico cada vez que me la cruzaba—. Como un pajarito. Como un pajarito.

Todavía no era el gran poeta que soy, naturalmente, y aquello del pajarito me bastaba y sobraba, hasta que vi cómo uno de los hijos de los estancieros o los diplomáticos la manoseaba en el jardín, cerca de la cocina, como si fuera una lechona y no un pajarito.

—Lechona —le decía el hijo de puta, mientras la manoseaba—. Lechoncita.

No dije una palabra. Porque yo no había aprendido a pelear en el British School sino en la calle o, mejor dicho, en el parque, con los hijos de los porteros, con los grasas que se habían colado en mi barrio; me acerqué, con pasos seguros, y le di un cabezazo en la nariz. Lo pateé cuando lo tuve en el suelo, mientras la dulce corría hacia la cocina, porque los pobres siempre corren hacia la cocina.

Esa misma noche, mamá sentenció:

—Rodolfo, no te conozco.

—Nunca me conociste, vieja tarada.

La vieja tarada se echó a llorar porque yo, a diferencia de ella y todo el mundo, no era perfectamente «bueno», como le gustaba creer, aunque al otro día ya se había olvidado de todo, como siempre, porque lo «malo» no se había hecho para ella o papá. Fue papá el que me preguntó, distraídamente, si estaba arrepentido y, distraídamente, le contesté que no.

Echaron a la dulce, que tenía la culpa de todo, como las sirvientas, y la vi irse, llorando con sus ojos azules, con los mechones rubios sobre las orejitas, cargando una valija destartada.

Aunque vivíamos frente al parque más bello de la ciudad, había un acuerdo implícito en que era una ordinareiz (una ordinareiz imperdonable) sacar sillas a la vereda, o llevarlas al parque mismo, para conversar tranquilamente mientras se hacía de noche. Nos perdíamos: el aire limpio, los árboles, los canteros de flores, el canto de los grillos, etcétera, etcétera. Todavía hoy, cuarenta años después, en las más agradables noches de verano, las calles y el parque están vacíos; el silencio de los cementerios. Eso de sacar las sillas a la vereda era propio de los grasas, que sacaban las sillas a la vereda o a la placita para tomar mate a la vuelta del trabajo y disfrutar del fresco, no sin comer algunos pan con grasa y otras porquerías. Se dirá que estoy hablando del único privilegio de los grasas. Pero no: a diferencia de los propietarios de los barrios residenciales, los grasas viven. No mucho, tal vez, por culpa de los bacilos y las enfermedades venéreas que aterraban a mamá, para no hablar de las cuchilladas y los balazos. Y no me olvido de la tuberculosis, que era uno de los grandes espantos de mamá y que la obligaba a obligar a las sirvientas a sacarse placas de pecho, «no sea que una de esas parditas asesine a toda la familia».



(Plano Parque Villa Biarritz)

Pero no estoy siendo justo con mamá, las contradicciones de su «retrato» lo demuestran, ni con papá, lo que no me importa en absoluto porque la injusticia es el corazón de la realidad, el corazón negro, como también lo demuestran las infinitas injusticias que ellos, tanto mamá como papá, tanto papá como mamá, descargaron sobre mi cabeza incurablemente enferma por culpa de alguien, de ellos según los psiquiatras, de mí según otros expertos en el alma y el espíritu humanos.

Lo indudable, según los psiquiatras y otros expertos, es que estoy loco. Que soy un loco peligroso, como lo demuestran mis ataques de furia o estas memorias, peor que «malas», malvadas; o mi afición a coleccionar (sinónimos: fabricar, intervenir) «imágenes» espantosas, que parecen salidas de una pesadilla, aunque las «imágenes» de mis pesadillas son infinitamente más espantosas y brutales, todas las noches de mis 56 años atormentado por las pesadillas más espantosas y brutales, pero estéticas, porque soy un esteta, todas las noches de mi vida despertándome media docena de veces con un grito mudo, la boca con olor a podrido, a mierda del infierno, cansado ya de vivir o, mejor dicho, tanto de estar despierto como de estar dormido, si puede decirse que lo que hago en esa cama de clavos es dormir, sudoroso y retorcido como un gusano, torturado por mis pesadillas cada noche más espantosas, más brutales, más salvajes. O más humillantes. Cuando papá se murió, ahogado, cosa del todo previsible porque era un inútil y un imbécil también piloteando un yate, mamá se vistió de negro y a los huérfanos nos vistió de gris y prohibió la radio y la tv por tiempo indeterminado. Era lo que se acostumbraba hacer en nuestra clase social, y mamá siempre hacía lo que se acostumbraba hacer en nuestra clase social.

A nadie le fastidiaba el luto más que a ella, pero «nobleza obliga». Peor: su nobleza la obligaba a hacer más que lo que se acostumbraba hacer en nuestra clase social; tenía que representar la susodicha comedia de costumbres hasta el último acto y hasta el último parlamento, no fuera que sus amistades la criticaran y bajara algún punto en el *ranking*.

Entonces, llegó la Virgencita: una estatuilla en una caja de vidrio, traída por una negra zulú y completamente loca, frente a la que todos, incluidos los vecinos, nos veíamos obligados a rezar demasiados rosarios todos los días.

Teníamos las rodillas hechas polvo y los nervios destrozados, sin juegos, sin radio, sin tv, balbuceando tonterías día y noche frente a esa caja de vidrio, más o menos conscientes de que todo aquello era una locura, una locura ridícula, de la que nosotros y todos los vecinos y amigos de la familia estaban hartos, incluida mamá y el cura de la parroquia.

Si cuento este episodio, ligeramente surrealista, es para ejemplificar que en casa los accesos de locura, y de locura ridícula, eran de lo más comunes; y que muchas veces tenían ese carácter religioso, por no decir místico, que me convirtió en ateo de por vida.

Mamá le hacía promesas a la Virgen, porque era tan frívola como supersticiosa, sin reflexionar en las consecuencias; lo que nos obligaba a ir al cementerio, a la tumba de papá, todos los domingos, a rezar y a lloriquear con menor o mayor sinceridad frente al mausoleo de la familia, o ir a la Gruta de Lourdes para que la tuberculosis y las enfermedades venéreas, de las sirvientas, no asesinaran a la familia; y no hablemos de la poliomielitis o la viruela sobre cuyos síntomas mamá tenía opiniones tan siniestras como evidentemente absurdas.

Necesitaba, para su tranquilidad, aunque la nuestra quedara hecha añicos con todas esas enfermedades horribles incubándose en nosotros, la protección divina.

Contra las agujas y los alfileres, los granos en la nariz, los lunares, la meningitis, los tumores, los derrames cerebrales, las caídas, los golpes, la prostitución, el empacho, la miseria, etcétera, etcétera.

Mamá, ni yo puedo negarlo, tenía sus virtudes: una fuerza de voluntad, por ejemplo, tan inquebrantable como invencible. Cuanta idiotez se le ocurría era llevada a cabo sin la menor consideración hacia los demás, incluidos yo, mis hermanas, papá, aunque se había ahogado, Teté, etcétera. Invariablemente se trataba de idioteces que tenían una estrecha relación con el abolengo de Mi familia y abarcaban desde el «buen gusto» con que nos vestíamos al «buen gusto» con que nos comportábamos. No transigía; no retrocedía un solo milímetro. Por ejemplo, en una noche de Carnaval se le metió en la cabeza que tenía que disfrazarme de escocés. Un disfraz «precioso», traído de Escocia, que naturalmente incluía una pollerita escocesa. Le supliqué que no me obligara a vestirme de «maricón», le expliqué que mis amigos se iban a cagar de risa al verme, y que esa pollerita (por más escocesa que fuera) sería un castigo de por vida en boca de todos mis conocidos presentes y futuros y pasados: no hubo piedad.

Tengo mi foto, de pollerita, escondida en el fondo de alguna caja polvorienta. Un documento, tan atroz como definitivo, que prueba a ojos vistas la fuerza de voluntad de mamá.

Porque si yo no me vestía con «buen gusto» (lo que podía incluir una pollerita) o no me comportaba con «buen gusto», era tan perfectamente «malo» como ella era perfectamente buena. Y me castigaba, inaccesible y perfectamente vengativa, con una perfecta perfecta perfecta perfecta perfecta perfecta mueca de desprecio.

Ya que, ¿lo escribo?, nos despreciaba: a papá, a Teté, a mí, a mis hermanas, porque nunca habíamos sido ni seríamos perfectamente perfectos como ella.

Sí. Nos despreciaba (menos que a las sirvientas) porque, a diferencia de ella, no éramos perfectamente perfectos en todo: o porque no éramos perfectamente perfectos en nada.

Aquel que ha permitido que abuses de él, te conoce.
William Blake

Cuando le dije a mamá que no iba a ser doctor...

Soy ventrílocuo.

Mi muñeco se llama Rodolfo, y es un pingüino vestido de frac y dice:

—Estuve un poquito «enamorado» algunas veces, naturalmente.

II

Las muchachas de Pocitos

Estuve un poquito «enamorado» algunas veces, naturalmente. La mayoría de ellas me limité a seguir con la vista a la muchacha en cuestión y a pasar, de noche, frente a su casa. Resumiendo, fui honesto conmigo mismo.

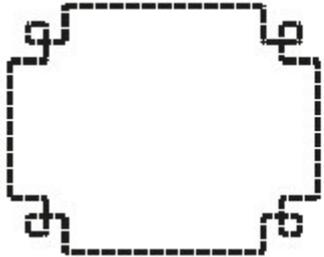
Sólo una vez cometí la estupidez de seguir a una chica durante algunas cuadras y de pararme frente a su casa. Al rato salió un hermano o un novio para mirarme con mala cara. Volví a Ada con una de las peores jaquecas que recuerdo, y todavía no puedo evocar semejante niñería sin un escalofrío de vergüenza. ¿Escalofrío? Más bien, cuando una de estas viejas humillaciones me asalta, mi cara se tuerce o cierro un puño o una de mis piernas se estira, desplazando una silla con un chirrido. Y suspiro.

Ada me pregunta si me duele la cabeza.

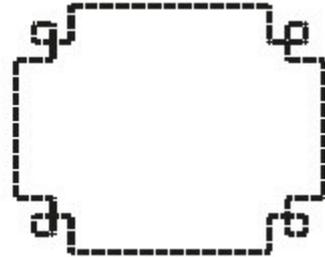
—Un poco —miento.

Nunca le hablo a Ada de las muchachas. Ada opina que las responsabilidades de una familia siempre resultarían excesivas para mis nervios, tan enmarañados y frágiles. Y tiene muchísima razón, la pobre Ada. Sí. Reconozco, sin vacilar, que ya es tarde para pensar en una familia propia. Además de mis achaques invisibles, porque ya tengo 42 años, lo que se puede ver está lejos de resultar agradable. No es que me haya arrugado o encorvado; por el contrario, allá voy (erguido como un pingüino) con mi cara tersa y regordeta y los ojos redondos y asustados de una adolescente virgen. ¿Qué mujer puede mirar con interés a semejante hombre? A veces me pregunto qué dirían las muchachas al verme en bata y con un turbante en la cabeza (las eternas jaquecas), acompañado por los consejos maternos de Ada. No dirían nada; sentirían, no me cabe duda, algo de lástima con una gota de repulsión. Pero esto lo pienso, sobre todo, cuando estoy deprimido.

No se me oculta que el mundo está lleno de hombres y mujeres como yo. Hombres condenados a la soledad por una falla, sin culpables, de su temperamento. Mujeres solas porque vivieron experiencias tan tristes y desalentadoras en algún momento de sus vidas que no se atreven, ni se atreverán nunca, a buscar lo que todos debemos tener en nuestro paso por la vida: el amor entre esposa y esposo, y la felicidad de los hijos.



2 dibujos



Hoy fui hasta la rambla, a eso de las once. William Blake es el poeta de mi corazón, tal vez porque su carácter firme y apasionado está en las antípodas del mío. Sin embargo: al ver a las muchachas en la playa, casi desnudas, cité en silencio al gran inglés: «La desnudez de la mujer es la obra de Dios». Patatín, patatán.

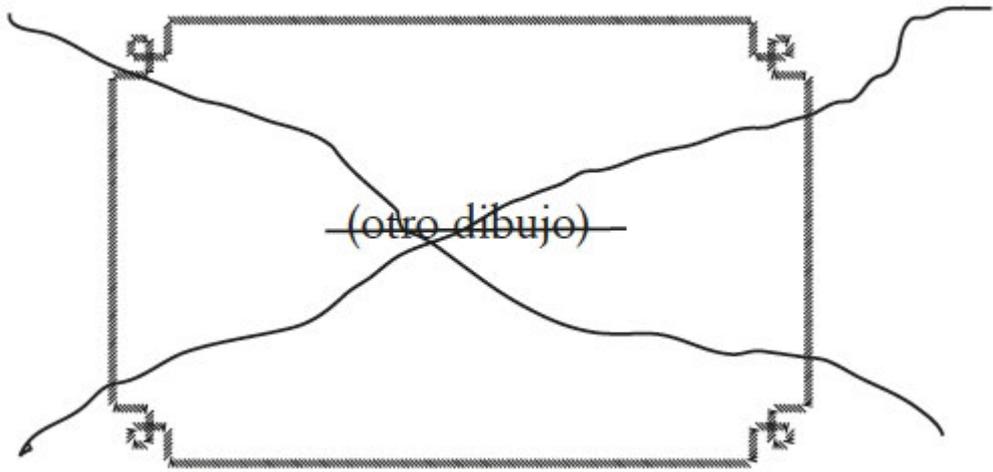
Mi hermana, mi querida Ada, está preocupada por mi salud. Siempre la preocupa, la «desespera», que se enferme algún miembro de la familia. Un quinto de fiebre. Tos. Un simple grano en la nariz.

—Es el triángulo de la muerte —dice, señalando la nariz del moribundo.

Vuela de la cocina a mi dormitorio con toda clase de medicamentos científicos y caseros. Cuando me cure el resfrío sentiré que venció a la muerte o, mejor dicho, que la muerte no existe. Nuestros padres murieron en un accidente automovilístico cuando ella tenía nueve años, pobrecita. (En el fondo del escenario, a espaldas de Rodolfo, el doble de Rodolfo estrangula a una sirvienta. Viola al cadáver. Se lleva la cofia y una gruesa liga negra.

Un perro, flaco y sarnoso, orina en la boca abierta de la sirvienta. Se trata, naturalmente, de un actor disfrazado de perro amarillo.

Pasan un heladero, un ciclista y un capitán de fragata).

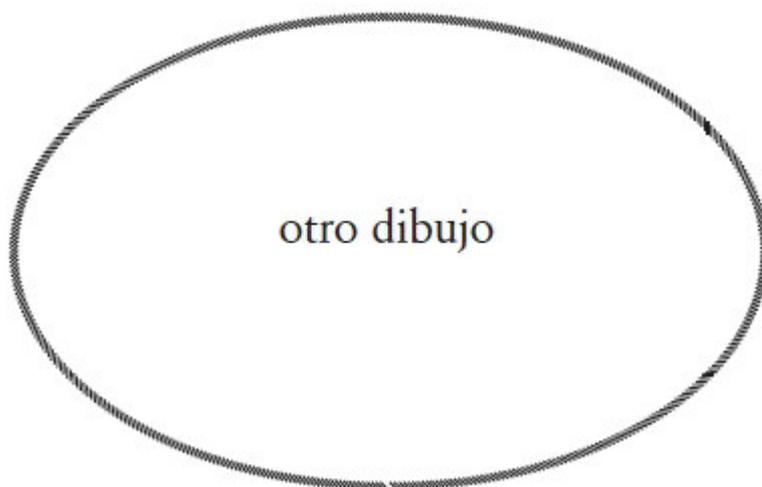


Como no tenemos niños en la casa (si no contamos a Ada y a mí, claro), siempre recibimos con alegría a los tres hijos del tercer hermano. Andrés, el mayor, parece concentrar la energía y la decisión que debió haber sido repartida entre los tres. Es un hombre muy alegre; no ve la distancia entre lo que quisiera hacer y lo que hace. Si hay distancia (en mi caso, hay océanos y continentes), Andrés la recorre con un solo paso. Se entrega, se abandona a la vida como un gitano. Si quiere bailar, baila; salta de la silla y empieza a dar vueltas con Ada alrededor de la mesa de la cocina. Ada lo admira, tanto o más que yo. Andrés tiene la virtud de sacarnos de nuestra rutina o, para decirlo con palabras más duras, de nuestra apatía.

Siempre lleva consigo, allí donde va, un aire de fiesta que contagia a todo el mundo. Yo suelo pensar que sin esa virtud, esa gran virtud, la vida más rica en frutos (o poemas) casi no vale la pena para ser vivida. Poder entusiasmarse con un vaso de agua es la mayor bendición que los mortales podemos recibir en este mundo.

¿Come demasiado? Está celebrando una de las cosas buenas de la vida. ¿Es «mujeriego»? Sí. Pero hace feliz a su mujer, y a otras muchas. ¿Tiene debilidad por el alcohol? Ni siquiera Ada se lo reprocha; sus debilidades (a fin de cuentas, tan menores) son la otra cara de su contagiosa alegría de vivir. Lo amamos sin reservas, sin medida. Como amamos a Marta, su esposa, y a sus tres hijos: Pedrito, Estrella y Susana.

Susana es, por desgracia, la más parecida a Ada y a mí. La más silenciosa. La más débil. Se enferma, real o imaginariamente, a menudo: allí donde Andrés no puede levantarla (mi hermano cree que la salud es una elección tan simple como la alegría) aparece nuestra Ada con su interminable colección de píldoras y yuyos. Tiene montones de cajas de zapatos llenas de remedios, y en la cocina siempre hay infinidad de bolsitas de papel manila con etiquetas escritas a mano: marcela, guaco, tilo, malva, etcétera.



La Prudencia es una vieja solterona rica y fea cortejada
por la Incapacidad.
W. Blake

Ada es soltera. Yo, dado mi carácter, tampoco pude conquistar a una muchacha y fundar un hogar propio. Soy muy sensible; cualquier insignificancia me hunde en una pena tan abrumadora que, la verdad sea dicha, a menudo no me permite abandonar la cama. Un acto de violencia o crueldad entrevisto en la calle o el saludo frío de un vecino me desequilibra completamente; a continuación, no me queda otra alternativa que resignarme a la jaqueca: con un paño frío en la cabeza paso horas maquinando ideas vagas y horribles.

Si no fuera por los cuidados de Ada, no sé qué hubiera sido de mí. Me hubiera vuelto loco, posiblemente.

El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría.

W. Blake

(sin dibujo)

El doctor Arnoletti, un viejo amigo de la familia, el otro día comentó en la mesa que sus hijos lo ayudaban a envejecer. Tiene 62 años y dos hijos casados. Lo dijo como una bagatela, para llenar un silencio, y Ada siguió perorando sobre remedios y enfermedades.

Yo creo que no dijo ninguna insignificancia, sino una de las grandes verdades que me ha sido dado escuchar en la casa. Ada y yo no podemos envejecer.

—Nunca envejeceremos —interrumpí, mirando a Ada—. No tenemos hijos.

El doctor sonrió, confundido. Ada me palmeó la mano y, reconfortante como siempre, dijo:

—Envejeceremos.

Envejeceremos, naturalmente; pero nuestras arrugas serán diferentes porque nuestros dolores fueron, son y serán tan particulares, tan ajenos a los necesarios y verdaderos, causados por los hijos y solamente por los hijos, que nos transformaremos en monstruos.

Durante la cena, repito, tuve esta idea: cuatro horas más tarde, sigue atormentándome. Hace rato me acosté (la cabeza envuelta en una toalla) con un dolor tan espantoso que sólo atinaba a repetirme que tengo jaquecas porque no tengo hijos y que toda mi vida no es más que una burla, una caricatura, de la «vida verdadera».

Ada ya me alcanzó una taza de tilo; pensé que también esa infusión (y todas las infusiones de Ada) era otro instrumento de nuestra presente diferencia y futura monstruosidad.

Envidio a los hombres, con vozarrones de trueno, que jamás lloriquean en privado o en público. Cuando Ada me oyó gimotear (estaba desvelada y bajó a tomar un vaso de leche) le dije:

—Pensaba en mamá, querida.

A nuestra edad podemos tener dolores musculares o reumáticos. No se considera apropiado, en cambio, que un hombre maduro llore a las tres de la mañana porque le duele su vida inútil, triste, perdida.

Siempre fui tan inútil... Bueno, la verdad es que tengo una memoria asombrosa para mis torpezas y consiguientes humillaciones, reales o imaginarias, que sufrí desde los cuatro años de edad; ciertos días o noches difíciles me acuerdo de alguna de esas «cachetadas» (tal compañero de escuela me zamarreó; tal chica me rechazó; tal editor no me recibió; etcétera): entonces me recorre un escalofrío de vergüenza y, bueno, lloro como un niño.

La abeja laboriosa no tiene tiempo para la tristeza.
W. Blake

Hoy encontré a Ada llorando en el jardín trasero. Su afilada y roja nariz se clavaba en un pañuelo bordado.

—No llores, hermanita —pedí.

Resulta que un intruso mató al gato de Ada.

—¡Lo aplastaron con una piedra! —gritó, antes de perderse entre los árboles.

Me parece horrible que el dolor, en ciertas personas, sea fatalmente ridículo. La nariz de mi hermana no fue hecha para el llanto; el Dolor con mayúscula, el Dolor más alto y respetable, rápida e inesperadamente, se vuelve contra ella y le muerde la nariz.

—¡Mi gatito! —decía— ¡Mi amorcito!

(El doble de Rodolfo aplasta al gato de Ada con una Gran Piedra. Batman cae de rodillas y se lleva las manos a la cara, a la máscara o, mejor dicho, a los ojos cerrados).

Estoy en el sótano. Una vela me permite descubrir, de tanto en tanto, la silueta de una arcada. Tengo mucho frío, y por allí hay un insecto rascando algo. Hace un ruido espantoso y la humedad gotea sobre una caja de cartón con golpes de redoble... ¡El sótano! Allí escondía las cortaduras y machucones a papá y rogaba que una muralla infinita aislara nuestra casa para que nadie le dijera que yo era un cobarde. Algún día, casual o deliberadamente, alguien haría estallar la verdad frente a él: mi vergüenza se arrastraría, desnuda, hasta el sótano, para no mostrarse nunca más.

No supe quién se lo dijo a ella; pero mamá susurró que los otros niños me insultaban y pegaban...

Yo, en el corredor, me retorció tapándome los oídos.

Al fin, la muralla se había derrumbado: todas las precauciones, todas las mentiras, habían sido inútiles. Corrí a esconderme al sótano y recé para que me dieran un escondrijo —más profundo e inaccesible que el sótano— donde pudiera temblar a solas, lejos de papá.

Fue papá quien me encontró en el sótano. Me abrazó, me besó y dijo:

—¡Desde mañana, clases de lucha libre y tiro al blanco!

—Sí, papá —dije, llorando de alegría.

Papá falleció catorce días después y mamá (también destrozada por el accidente) sólo vivió un día más. Se amaban y amaban a sus hijos y eran amados por éstos; ojalá nos fuera dada a todos una vida tan hermosa como la suya.

Los tigres de la cólera son más sabios que
los caballos del saber.
W. Blake

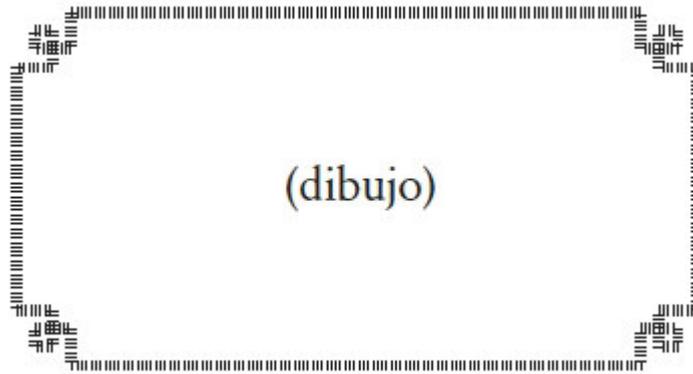
Hoy vi a una muchacha bellísima. La dejé ir. Ciertamente, hay instantes decisivos en la vida; pero los nuestros hace décadas que se perdieron en un tic o en un tac.

Nuestro reloj ya no avanza hacia los actos heroicos e inmortales; es un reloj antiguo que prefiere marcar los tiempos cotidianos de un par de hermanos de mediana edad que se aman y se amarán, condena o bendición, hasta el final.

Ninguna traición, ni siquiera el asesinato, evitará que Ada y yo estemos unidos hasta la muerte. Naturalmente, yo pienso que es una enorme bendición sentirse atado a otro ser humano.

Compadezco a quienes no han podido, en toda una vida, ni siquiera hacerse cómplices de un asesinato; yo soñé que mataba al gato de Ada sin ayuda alguna y fue la soledad del acto lo que, al abrir los ojos, me pareció antinatural y, sobre todo, culpable. Nacimos para ser condenados a la bendición del amor, o la vida no es otra cosa que un asesinato sin cómplices donde somos la única víctima.

Lubricidad del chivo, generosidad de Dios.
W. Blake



Hay cambios inevitables, seguramente. Pero uno no puede dejar de añorar la amabilidad de los viejos tiempos.

Si el mundo está cambiando, yo prefiero quedarme rezagado junto a los ancianos de mi barrio. El otro día, nos pusimos a hablar con Ada del viejo almacén que estaba en la esquina de casa. Globos de cristal con golosinas. Mostrador de buena madera, lo mismo que los cajones... ¡La balanza! De metal. Resplandeciente. Los dos platillos. Las pesas de tamaño diferente. Las cajas de galletitas con ventana. Las grandes bolsas de arpillera llenas de granos de café, del mejor café.

—La balanza era dorada —insistía yo.

—Plateada —sonreía Ada.

Íbamos a las matinés de los cines Casablanca y Biarritz. Entre la segunda y tercera película saltábamos al bar de enfrente a comprar una tortuga de jamón y queso y una Coca Cola y volvíamos a instalarnos en nuestros asientos (alguien se había quedado a cuidar las bufandas y camperas) y allí estaba John Wayne golpeando a un negro con un palo o matando a cinco o seis indios perversos.

El Casablanca tenía platea alta; allí se instalaban los más revoltosos con el solo fin de escupir a lo grande sobre la platea baja. Nos tiraban chorros de orina e, incluso, cosas peores (transportaban el armamento en bolsas de plástico); una vez lanzaron un gato vivo que cayó arañando a una muchacha. Hubo insultos y expulsados, si mal no recuerdo.

También veo a una muchacha rubia (de la que yo estaba perdidamente enamorado) besándose con su novio en plena calle; como Ada y yo no estábamos seguros de que aquella escena fuera decente y tampoco estábamos seguros de que fuera indecente, nos levantamos con gran pesar y volvimos a casa diciendo que la última película era «aburrida». Unos días más tarde, papá y mamá la vieron y les pareció «encantadora». Ada y yo nos miramos como nos miramos ahora cuando dejamos ir otra oportunidad por ser incapaces de tomar una decisión peligrosa: como ver un par de besos en el cine, o trasladarnos a Buenos Aires y comprar un libro para mí y un vestido para ella. O alquilar una casa de veraneo. Todo nos parece demasiado complicado, agotador.

En mi niñez quería ser farero. Papá y mamá se reían de mi «temprana vocación»; no entendían que sólo buscaba un lugar donde nadie pudiera alcanzarme. Allí estaba el faro de Punta Carretas, siempre a la vista, tentándome y tentándome; yo me imaginaba, completamente solo y feliz, allá en lo alto, a salvo de todo y salvando a los navíos de las tormentas y los piratas.

Jamás bajaría de la punta del faro; viviría tomando ron como un marino y con varias armas de papá a mano. Los asesinos tendrían que subir la estrecha y larga y retumbante escalera de caracol para llegar hasta mi casa, donde yo los estaría esperando con un cuchillo entre los dientes. También había una muchacha en mis fantasías, pero no consigo explicarme cómo había llegado a acercarse sin que la matara por error con uno de mis trabucos.

La zorra se provee; pero Dios provee al león.
W. Blake

—Encontraron a otra muchacha muerta —dijo Andrés.
—... el colmo de un animal que nada, tío? —dijo Pedrito.
—No sé.
—Tiene cuatro patas. Hace grrr. Tiene un pescuezo largo. Es como un pulpo. Como en las películas.
—Difícil —se quejó Ada, por encima de su tejido—. A ver: ¿es un pulpo?
—¡No! ¡Un pulpo gigantesco!
—Nos ganaste —dije.
—¿Cuál es el colmo de un animal que nada? Que tiene patas. Una cola, pero no tan grande. Vive en el agua.
—No sé —dije—. Me rindo, caballero.
—No tiene pelo.
—¿Qué es, mi amor?
—¡Es un insecto gigante y un cocodrilo!
—Nos ganaste —dije, mirando el suelo.
—¡Siempre gano! —festejó.
—Siempre —dijo Ada.
—¡Papá, les gano siempre! —anunció entrando a la cocina.
Andrés, sin aviso, en uno de sus arrebatos de oso, llega con toda la familia y desaloja a Ada de la cocina y se lanza a preparar (cantando y golpeando ollas) alguno de sus platos preferidos. Generalmente, se trata de comida muy picante.
Yo, por algún motivo que desconozco, hoy estaba muy nervioso. Sentía, vaya usted a saber por qué, miedo: ese «colmo» que hace grrr y tiene cola de cocodrilo (pero no tan grande) y un pescuezo largo y cuerdas...

Hace años tuve oportunidad de hablar, muy francamente, con un novelista célebre. Un hombre sencillo y veraz que le hubiera gustado a papá. También un hombre de reconocida valentía física y moral. No diré quién es; pero, charlando de alguna nimiedad, me confesó que era un «cobarde». Le dije que toda su vida probaba lo contrario, y él contestó que yo tenía razón. Pero también él. Desorientado, cambié de tema.

Ahora entiendo lo que dijo. Teniendo un carácter tan frágil como el mío, se plantó frente al mundo como un hombre normal. Luchó, se casó dos veces, tuvo hijos, publicó novelas famosas y viajó y peleó en una guerra (donde fue condecorado). Aunque solamente hubiera realizado la quinta parte de sus hazañas o, mejor dicho, aunque sólo hubiera llevado la vida normal de un padre de familia, dada la fragilidad de su carácter, sólo podría hablarse en su caso de una extraordinaria valentía. Si yo me hubiera casado y tenido hijos, podría hablarse solamente de una valentía superior. Pero no hice nada. Es cierto que luché, luché hasta el agotamiento, con las palabras. Si en lugar de hombres me rodearan palabras, todos dirían que soy extraordinariamente valiente (y me condecorarían). Por Dios, basta de tonterías...

En realidad, nunca ambicioné (¿cómo hubiera podido hacerlo?) ser un hombre valiente, sino tal vez un hombre bueno. Que no lo sea, por carecer de esa dosis de valentía que también exige la bondad, es otra cosa que habrán de perdonarme.

Piensa por la mañana, obra al mediodía, come por
la tarde y duerme por la noche.
W. Blake

Me gustaría saber a qué se debe mi inutilidad. ¿Es congénita? Nací, digamos, incapaz de hacerme una taza de té. ¿O es un virus contraído en la infancia?

Según mis recuerdos, jamás serví para nada de nada; papá y mamá pensaron que una buena herencia suple cualquier virtud (la fuerza de carácter, por ejemplo) y no se preocuparon ni cinco minutos; la vitalidad de Andrés era, a juicio de ambos, tan admirable como superflua. Ya nuestros ascendientes, sobre todo papá, se habían ocupado de tener carácter y hacerlo valer en numerosas empresas grandes y exitosas. Sospecho que, incluso, les parecía natural que yo fuera un imbécil. Ser un imbécil fue un lujo que papá, a fin de cuentas, no pudo darse; en cambio, tener un hijo imbécil estaba completamente dentro de sus posibilidades financieras.

Estoy siendo cruel, cruel inútilmente. Porque ellos no pensaban que yo fuera un imbécil, sino un muchacho «inteligente y bueno». Con poco temperamento, tal vez. Pero «inteligente», «bueno», «talentoso» y «dócil».

El orgullo del pavo real es la gloria de Dios.
W. Blake

Me hicieron tres encefalogramas y otros análisis más dolorosos o más humillantes, pero sin ningún resultado; ninguno de los sabios descubrió que mi enfermedad estaba «en los nervios». Sea como fuere, lo cierto es que a los catorce años tuve que abandonar el liceo. El profesor, un hombre severo pero justo, me hizo pasar al frente y levantar una tiza roja... De espaldas a la clase, estuve cosa de un minuto absolutamente paralizado. Debo agregar que yo era uno de los alumnos más queridos de todos los profesores, incluido el de matemáticas. Esperaba que me luciera con los números, sirviendo de ejemplo al resto de los muchachos.

Algunas risas empezaron a rebotar en mi espalda, cada vez más bulbosa y contrahecha. Parece que me desmayé y, luego, vomité en la enfermería del liceo. Hace años el psicoanálisis no era, como hoy, un deporte internacional; se resolvió que no volviera por un tiempo al liceo y, cuando alguien sugirió que era hora de levantar una tiza, rápidamente sufrí un ataque de asma (lo que hoy llaman una típica enfermedad psicosomática) que me liberó del polvo de los salones de clase, ya definitivamente. Ada, en cambio, fue una alumna exitosa (y condecorada); aunque no popular. Ada ni a los quince años resultó atractiva desde ningún punto de vista. Sus innegables virtudes son de las que pasan desapercibidas; yo estoy seguro de que hubiera sido una maravillosa esposa y madre, una de esas ejemplares «amas de casa» que sacan adelante el hogar del esposo más tarambana. Pero nadie, ni yo mismo, piensa en casarse con una abnegada «ama de casa»; pensamos en curvas pronunciadas y ligas negras y demás tonterías, antes que en lo que debe pensarse: la Familia.

Papá siempre hablaba de la Familia con mayúscula. La generación de mis padres creía que los deberes familiares (y, por extensión, los sociales) no eran esa cosa aburrida y patética de la que se burla la televisión hoy en día, sino la verdadera sustancia de la vida.

—La Familia —decía.

Uno era padre, ciudadano y hombre de negocios y eso conllevaba una serie de responsabilidades muchas veces abrumadoras, sin duda, pero que enaltecían al hombre que las enfrentaba e incluso lo hacían superior al militar y al poeta. Yo también considero que no hay sitio más importante que el del padre; cambiaría gustoso mi pluma por haber podido llevar a una muchacha al altar.

Andrés, tan distinto a papá en muchos aspectos, es el único que supo heredar algo de esa concepción (a la que no creo deslucir, sino todo lo contrario, llamándola «patriarcal») de la vida. Es el hombre que caza al venado para su Familia y lo trae en hombros al hogar, aunque en el camino se haya desviado para visitar a una amiga dudosa o para tomarse unas copitas de más.

Un solterón de mediana edad es el sujeto menos indicado del Universo para disertar con respecto a la Familia, no hay duda; pero ¿quién le reprochará a un solterón de mediana edad que suelte dos o tres ideas, invalidadas por su misma inexperiencia, sobre el sueño de un sueño? Porque mi Familia, en el halo de la nostalgia, no es más que un sueño tierno. El sueño de un sueño tierno y conmovedor que, a veces, me despierta con una sonrisa... hasta que abro los ojos y papá y mamá y nosotros tres volvemos a la noche y a la nada.

Andrés sostiene que, de haber vivido papá y mamá hasta la vejez, nos hubiéramos rebelado contra ellos y «sus dinosaurios». Él cree haberse rebelado, para empezar; seguramente tiene razón como de costumbre. Lo único que sé: mi vida, educado por mis padres y los «dinosaurios», hubiera sido diferente y más feliz. Su pérdida, cuando más los necesitaba, más que Andrés, más que Ada incluso, me dejó tullido... como si yo también hubiera estado en el automóvil que los embistió.

Nuestro principal abogado (hay otros dos) nos visita cada tres meses: Ada se encarga de nuestra herencia, así como de nuestra economía doméstica. En realidad, opina que no hay la menor diferencia entre una y otra cosa.

—Hay más ceros en una cosa que en la otra —digo yo, antes de olvidarme del asunto.

El doctor Fuentes, ya sexagenario, es un caballero de baja estatura y sin hombros; usa sombrero, gafas y es tan discreto que prácticamente no habla. Ada le sirve una taza de té y se lanza a perorar sobre nuestros bienes y a manosear libracos, como si fueran la libreta del exalmacén de la esquina.

El doctor Fuentes tose dos veces y se retira hasta la puerta y se quita el sombrero y se inclina dignamente; yo me pregunto cuándo se resolverá (en beneficio de su papel) a llevar bastón; Ada sube a contarme que todo está en orden por los siglos de los siglos. No quiero saber de qué miserias se alimenta la poesía. Dos por tres, me juro a mí mismo dedicar mi próximo libro a quienes lo hicieron posible: «Al incierto montón de trabajadores que pagan mis cuentas».

No me atreveré, seguramente. Ya es una costumbre que le dedique mis pequeños volúmenes a Ada.

Un pintor, amigo de Tía Mercedes, al que oí una sola vez, dijo que se podía odiar la propia niñez.

—Pero solamente despierto —corrigió, levantando un dedo magistral.

Agregó que, a medida que envejecía, soñaba cada vez más a menudo con esos rincones encantados de la casa paterna, con esos rincones mágicos del primer barrio; últimamente, lo único que pretendía recuperar en su trabajo eran esos rincones bañados por la luz (doblemente fuerte y alegre) de la infancia. Yo que he odiado tantas veces mi vida ridícula de solterón, anoche soñé que, con Ada del brazo, recorría el jardín. No es posible describir la infinita paz que nos envolvía; el jardín, ya bastante extenso, parecía infinito, y los colores tenían una intensidad (y un aroma) que sólo dormidos podemos apreciar. En la vigilia siempre estamos tan perdidos en nuestros temores que somos incapaces de abandonarnos a la dulzura de vivir.

Tía Mercedes, mi tía pintora, agoniza.

Hoy falleció Tía Mercedes, a los 83 años. Pintó (y manejó con terrorífica imprudencia) hasta su hospitalización; continuó pintando en la agonía, sin pincel y sin lienzos, en compañía de su hija Silvia.

—Más amarillo —decía.

¿Buscaba, tal vez, la luz de la infancia? Le dijo a su hija, a mi querida prima Silvia, que su esposo (muerto de cáncer hace 50 años, poco antes de nacer mi prima) estaba de pie en el corredor.

Le dijo que saliera al corredor y viera, por fin, a su padre.

Mi prima, naturalmente, encontró un corredor en penumbras y sin nadie y volvió a entrar; Tía le aseguró que él estaba en el corredor, viejo como ella, pero con los ojos de siempre, y que fuera a conocerlo. Mi prima la obedeció...

Poco antes de expirar, miró fijamente a mi prima y le dijo que tenía un hexágono en la frente.

—¿Yo? —dijo mi prima.

—Sí.

—¿Un «tercer ojo», mamá?

—No. Un hexágono. Y brilla —dijo mi Tía, tocándolo con la palma de la mano.

Mi prima, en el velatorio, comentó que sus padres (luego de cincuenta años) tendrían mucho que decirse y que, sin duda, estaban hablando en ese mismo momento. Una muerte tan hermosa debe contarse; pero, además, quiero insistir en mi idea: solamente en ciertos estados, el sueño o una dulce agonía, podemos ver al mundo tal cual es, es decir, bello y conmovedor.

Se me dirá que al soñar volvemos a la alegría de la infancia o que en la agonía tenemos «sueños compensatorios» frente a una muy triste situación, y se me dirá que un poetastro que vive recluido no tiene derecho a opinar sobre esto ni sobre ninguna cosa; pero yo sostengo que sólo nuestra obstinada ceguera (proveniente, tal vez, de nuestra obstinada maldad) nos impide ver al sol en toda su gloria.

No pretendo, claro, ser el dueño de una idea tan vieja como el mundo; quiero dejar claro apenas que soy otro defensor (el defensor seguramente más indefenso) de la misma. ¡Ah, si pudiéramos olvidarnos por un instante de nuestras despreciables tristezas y entregarnos a la magnífica belleza de la vida!

El necio no ve el mismo árbol que el sabio.
W. Blake

Hoy sorprendí a Ada mirando y acariciando el retrato de la abuela Clara. Patético, me dije. No está mirando la fotografía de un novio (o, al menos, un exnovio), por más imaginario que haya sido, sino el retrato de una vieja chiflada.

Yo nunca simpaticé con la abuela Clara (le gustaban las excentricidades y los escándalos, tanto de joven como de vieja), pero siempre fue la admiración de Ada. Admiraba, por sobre todas las cosas, la vitalidad de esa vieja bruja.

—Llegó el pingüino —decía, porque ella fue la primera en encontrar la semejanza—. ¿Cómo estás del reuma?

Esto me lo decía cuando yo sólo tenía veintipocos años. Sostenía que yo había nacido viejo. Que era un viejo, viejo, viejo pingüinito. Ella, en cambio, se había casado dos veces (y llegaría a casarse una tercera), había viajado por todo el mundo y, a los 60 y pico, disfrutaba con los «chistes verdes» y se reía como una loca de atar. También se vestía como una loca de atar: carpas a rayas fosforescentes, zapatos rojos, amuletos enormes, etcétera. Dos por tres, se teñía el pelo de violeta o azul. Tenía una voz muy gruesa (el alcohol) y sus risotadas hacían temblar el apartamento; esa tienda de horrores «orientales» (me acuerdo de un cuadro con odaliscas) que llamaba su «nido de amor».

—¿Cómo estás, abuela Clara? —saludaba yo, respetuosamente.

—Se olvidó de la bufanda —le decía a Ada, mirándome de soslayo.

—La traje —decía Ada, seria.

—¿Ahora viaja por el mundo con una, una, una sola, bufanda? —se colmaba de asombro, mirándome con sus ojos de búho—. ¿Y el pechito? Estamos en verano, pero no hay que olvidarse de las pulmonías... ¿Cómo estás, Rodolfo?

—Muy bien. ¿Y tú, abuela?

—Así, así. El doctor me dijo que no estoy en edad de cruzar a nado el Canal de la Mancha —se reía, dando palmadas como truenos en el brazo del sofá—. ¡Pero me divierto!

—A mi costa.

—El pingüinito no tiene sentido del humor. Es un pingüinito viejo —fingía apiadarse.

—Sólo vine a buscarte, Ada.

—¿A quién habrá salido tan insulso?

—No todos podemos ser iguales, abuela —me defendía yo.

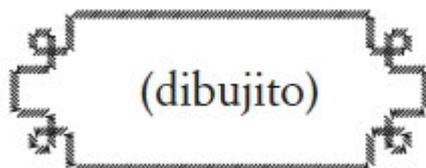
—¡Lo que no podemos es ser tan distintos, Rodolfo! —sentenciaba—. ¿Será de la familia? ¿No habrá rodado de otro nido? ¡Dios me libre!

—Basta, abuela —protestaba Ada.

—Tenés razón, querida. ¡Besos para la abuela, aquí y aquí! —gritaba, refregando a Ada contra sus potingues—. ¡Chau, Rodolfo! Y ojo con las pulmonías.

—Hasta pronto, abuela —decía yo, pensando que (de haber justicia poética) la mataría una pulmonía.

No hay poesía. Ni justicia. Se murió de un ataque cardíaco mientras dormía; mientras soñaba que dormía en los brazos de un pirata malayo o algo por el estilo.



Después de todas las vergonzosas intimidaciones que confesé aquí, ya no importa decir que soy lo que se llama «un hombre de izquierdas». Ada, fiel a la memoria paterna, es colorada. Isabel, mi novia, cuyo padre es un hacendado a la antigua, vota a los blancos. Por último, Andrés es un fanático que (más allá de la caída del Socialismo Real) insiste en volar el sistema capitalista y en gritar que yo no soy otra cosa que «un-socialdemócrata-pequeñoburgués». Por supuesto, nadie se ofende realmente porque todos gozamos de una sólida posición económica y social. No se puede inventar la ira que produce un traje harapiento o la suba del precio de las papas.

A fin de cuentas, el llanto de un hijo que tiene hambre no es teórico y en nuestro barrio todos los problemas sociales son más teóricos, más lejanos, que los propios cantegriles.

Ada teje y junta ropa para los niños pobres y lleva, con otra media docena de señoras, los paquetes hasta el umbral de la Parroquia. Su anticlericalismo (y ateísmo), heredado de papá, es uno de los rasgos que la salvan de convertirse en una auténtica solterona. Isabel, Andrés y yo no hacemos nada porque no sabemos tejer y porque, hablando en serio, la sola idea de la miseria nos angustia y deprime. Preferimos (como preferirían los habitantes de los cantegriles) vivir en una campana de cristal.

El sábado, defendimos nuestras barricadas políticas.

Yo reconocí que mi monstruoso egoísmo me avergüenza, pero ¿qué hacer? Isabel dijo fríamente que los pobres no querían una sociedad justa porque la necesidad de humillar a los demás forma parte esencial de la condición humana. Ada, completamente desorientada, miraba un punto invisible. Andrés (fundador y propietario de algunas fábricas y, seguramente, carácter muy capaz de humillar a sus empleados) bufaba y daba patadas en el suelo.

Alguien preguntó si había llegado el momento de tomar el café, y se cerró el Parlamento sin más dibujos.

Yo creo, en resumen, que no fuimos educados para entender los problemas sociales. Nacimos para cuidar y mantener uno de los barrios más hermosos de la ciudad. Para mantener el clima amable y provinciano (amplios jardines, piedra venerable) que nos legaron nuestros antepasados. Cuando toda la ciudad se haya convertido en un batiburrillo de cajas de zapatos (color cemento), todos vendrán a admirar con nostalgia el tiempo en que la vida era tranquila y agradable. Esta tontería no la pienso solamente yo; cuando los nietos de un vecino vendieron su casa (a pocas cuadras de la nuestra) para construir una de esas espantosas torres modernas... todo el barrio los maldijo hasta la última generación. Barbarie, fue la sentencia.

Andrés, con botellas de champaña y un lechón entero y fuentes de ensaladas extravagantes (y, seguramente, incomibles), trajo un cadáver al hombro. El cadáver de una muchacha.

—Es un Judas —explicó, tirándolo en el jardín.

Tenía piernas de mujer (serruchadas a un maniquí, supongo), una gran panza, nariz de zanahoria y un puntiagudo sombrero de bruja. Grandes mostachos de pistolero mexicano. Lo colgó entre dos árboles, subiendo y bajando de la escalera amarilla (la de podar), gritando que había llenado al monigote de «granadas y misiles». El cuerpo bamboleándose, en la oscuridad, con esas largas piernas de mujer, no me pareció divertido: era como si Ada o Isabel, o alguien de la familia, se hubiera suicidado en el jardín.

—Ahora sólo faltan dos o tres lamparitas. ¡Traje un alargue! —gritó.

A medianoche, con el estómago revuelto, tuve que contemplar la tronante y espantosa destrucción; si no misiles y granadas, había colocado entre la paja todo lo que se puede comprar en una fábrica de fuegos artificiales.

Por último, el cadáver ardió un tiempo en silencio (mientras yo cabeceaba de sueño) y se desplomó sobre mí. Me desperté, bruscamente, y lo vi apagarse entre los árboles.

Feliz año nuevo, pensé.

Claro que, por otro lado, me gustó la bienvenida a la familia que Marta (la esposa de Andrés, tan exuberante y robusta como él) le brindó a Isabel. Y también me gustó la felicidad (que tal vez sólo produce una buena película de terror antigua) que se reflejó en las caritas de los niños a cada nueva explosión, mutilación, del Judas.

Como broche de oro, Andrés de pie y lagrimeando brindó por la belleza de la vida.

—Rodolfo piensa demasiado —acotó.

Pero la vida, ah, la vida era una fiesta interminable, etcétera; terminó el discurso y corrió a la cocina a buscar más alcohol y a servirse el último plato de la noche; más lechón, más ensalada, más y más y más. ¿Cómo no admirarlo?, pregunto.

Aquel que desea pero no obra, engendra peste.
W. Blake

Evidentemente, no apruebo la forma en que está organizada la sociedad. Ni esta, ni ninguna otra. Aunque lo más seguro es que no apruebe cómo está organizado el Hombre. Demasiada crueldad en todos nosotros, opino. También en mí, si tuviera el coraje suficiente para ejercerla. Hace días encontraron a otra muchacha muerta en el parque. La policía está desorientada. ¿No vivimos en un mundo enfermo? ¡Dios mío! Estoy desesperado.

Lo que los malos se olvidan de romper, lo destruyen los tontos; en tercer lugar, y entre los escombros, vienen los santos gritando que debemos amarnos los unos a los otros. En cuarto lugar, aparecen los verdugos; la maldad y la tontería se morirían de aburrimiento si los verdugos no despellejaran a los santos en público una o dos veces por día, por hora, por segundo.

Lo único que se puede hacer es, como un monje, recluirse en una vieja casa gris. Y acostarse. Una toalla húmeda en la cabeza. Me duele, horribilmente.

Isabel está resfriada. Una magnífica noche para encerrarse y leer una novela junto al fuego, reconocí. Le deseé una rápida mejoría y le pasé el teléfono a Ada para que le recomendara alguno de sus yuyos y potajes.

Puse tres leños en la estufa y me abandoné a la felicidad de leer una novela policial. Inglesa, naturalmente. Me decidí por la querida Anthony Gilbert... ¡Qué no le debemos a esa dama!

Allí también los personajes leen junto al fuego, mientras en la calle (y en la fría niebla de Londres) los asesinos estornudan... Pensé un instante en el resfrío de Isabel, bebí otra copita de jerez y seguí leyendo hasta que la cabeza se inclinó y el libro cayó en la alfombra con la prudencia de un gato bien educado. Soñé que Isabel estaba con otro hombre y, al despertarme, pensé que Isabel estaba con otro hombre.

—Dormiste un buen rato —comentó Ada, por encima de su tejido.

—Ustedes, las damas, son muy distintas a nosotros —dije—. ¡Y muy parecidas entre sí!

—¿Te duele la cabeza, querido?

—Sí, un poco —dije.

—¿Una toalla mojada?

Hoy, a eso de las cuatro de la tarde, encontré a Ada colgada del álamo. Ese álamo, en el que no había reparado en las últimas décadas, creció de una forma absolutamente monstruosa.

Cuando éramos niños, podíamos subir a las ramas más bajas y desde allí trepar hasta la copa; hoy, como si una especie de enfermedad hubiera atacado al jardín, las ramas más bajas amanecieron gruesas como mi brazo y estaban a tres metros del suelo.

Ada apoyó la escalera amarilla (la de podar) en el tronco y se ahorcó de una de esas ramas cancerosas...

Ahora son las doce pasadas y, aunque el doctor Arnoletti me dio un fuerte sedante, no puedo conciliar el sueño.

Andrés e Isabel fueron a ocuparse de todo lo referente al sepelio... Yo, aunque en mi estado pudiera ocuparme de alguna cosa, no creo ser digno.

Tal vez no heredamos nada que cuidar y mantener... Tal vez los pobres no vendrán a disfrutar de la tranquilidad provinciana de nuestro barrio, sino a vernos colgados de los árboles.

Ada hubiera querido ser extravagante, tan loca y agresiva como su querida abuela Clara. Pero nuestra generación nació débil e impotente, y suicida.

Mientras yo estaba comprando fruslerías para Isabel, mi hermana entró al jardín... ¡Dios mío! ¿Alguien puede saber cómo quería yo a mi hermana? La mejor parte de mi infancia (y, por lo tanto, de mi vida entera) se fue con Ada.

Todos la dejamos sola: nuestros padres, Andrés y finalmente yo mismo. Todos, empezando por nuestros padres, la engañamos. Le dijimos que si era dulce y abnegada y, en una palabra, buena (virtudes que, dicho sea al pasar, nos eran muy convenientes) sería una mujer feliz.

Ella dijo una vez que bastaba un instante para convertirse en un hada de cuento. Su nariz se puso roja y bajó la vista. Quiso decir, seguramente, que bastaba un instante para que un hada convirtiera a una simple mujer como ella en una princesa. Soñó con casarse con el hijo de algún rey o de un simple campesino. Pero no. Pero no se lo permitimos: nos aprovechamos de ella, antes de dejarla colgarse de un palo como un trapo viejo.

Estoy seguro de que no supo culparnos de nada, de que también le negamos la posibilidad de saber que estaba rebelándose, vengándose de la serie infinita de abusos y postergaciones que fue su vida entera.

Estoy seguro de que ella se creyó la única culpable de un suicidio que, como siempre, fue el más cobarde de los asesinatos. Si Dios existe, como ella no creía, sólo espero que jamás nos perdone. (Esta fue mi plegaria, Ada. No me retractaré de ella, ni diré otra). Amén.

Soñé que habían llenado la Playa Pocitos con viejas butacas de cine; me acerqué a unas personas sentadas que charlaban y contemplaban el mar. Dije que yo era de una época anterior; la gente no iba a la playa como si el mar fuera una pantalla cinematográfica.

—¿No? —dijo una espalda.

—¡Veníamos a bañarnos! —grité, sorprendido.

Había un fuerte viento y hacía frío; la mayoría de los espectadores estaban de traje y con las solapas levantadas. Alguien pasó una botella de vino... El mar estaba embravecido, pero muy hermoso: olas muy plateadas, muy altas y muy lentas. A la derecha, un hombre de traje marrón sacaba un enorme pez de un hoyo en las rocas.

Volví a casa porque, en mi sueño, nuestro jardín incluía una escalera de madera que desembocaba en la arena, en la playa misma. Subí por los gastados y queridos escalones y entré a nuestra casa. El tiempo había cambiado: ahora estábamos en una mañana luminosa de sol (era pleno verano) y todas las cosas brillaban y había un niño mirando una bola de cristal.

Nos encontramos...

—Permiso —dije.

—Mucho gusto —dijo el padre.

Se trataba de una familia grande: el padre era robusto y la madre delgada y elegante y había siete u ocho hijos rodeándolos y mirándome con los ojos desorbitados.

—Antes —dije— fue mi casa. ¡Y espero que sean ustedes tan felices en ella como lo fui yo!

—¡Gracias!

Repetí que tendrían una vida maravillosa, en esa casa. Y me fui, acompañado por las miradas sonrientes y maravilladas de todos.

Un sueño delicioso, en una palabra.

Hoy fuimos con Isabel al jardín y paseamos del brazo como si Ada estuviera viva.
No. No. Debo confesar que Isabel, esa novia de la que alardeé tanto, no existe. Hace años que para aliviar mi soledad, una vez al año por lo menos, me regalo una muchacha. No ignoro que es patético; pero sobre todo es triste e, incluso, conmovedor.
¡Un hombre de mi edad cortejando a una muchacha imaginaria!
¡Estoy tan solo! A veces, la casa se transforma en una cárcel y huyo. Recorro las calles como un fugitivo y, a menudo, termino en el parque con el solo propósito de escuchar las voces de los otros.

Nunca perdió más tiempo el águila que cuando
escuchó las lecciones del cuervo.
W. Blake

III

Vivir a veces

Cuando a los 14 años le dije a mamá que no iba a ser doctor, que las muñecas de las solteronas dementes me habían cuchicheado miles de veces que mi destino era la ventriloquia, sino ventrílocuo, el «abolengo de mi Familia» gritó que lo había traicionado y mamá gritó que estaba loco y que era una vergüenza para «el abolengo de mi Familia» y la memoria de mi padre, ahogado en el cumplimiento del deber, deber que yo me negaba a cumplir en memoria de mi padre, en honor de mi apellido y para la mayor grandeza de la Historia, aunque mi apellido no estaba en los libros de Historia, pero debería estar o casi estaba.

Mis dos hermanas se pusieron del lado de mamá, como siempre. Otra vez. Mis hermanas se pusieron a cada lado de mamá, es decir, contra la ventriloquia o, mejor dicho, contra mí: el idiota, el inmundo, el loco, el mierda, el Traicionado.

—¡Quiere avergonzarnos! ¡Arrastrarnos por el fango! —gritaba mamá y gritaban esas dos futuras solteronas, aunque la menor se casó o casó a su apellido con otro apellido, y la otra se tiró del balcón y quedó cuadripléjica y sólo puede mover la cabeza, como el muñeco de un ventrílocuo, como el pingüino de un ventrílocuo, aunque las dos parecen solteronas, la que casó a su apellido, sin hijos, y la otra, con gatos; las dos parecen solteronas, una sin hijos y la otra con gatos, y también sin hijos, frías y estériles como sus muñecas, esas muñecas pintarrajeadas que las llevaban a pasear en el ascensor del edificio negro o al revés, una vez ellas a sus muñecas, otra vez sus muñecas a ellas, ya como hijas legítimas, ya como hijas ilegítimas, o algo así, porque si la verdad es oscura la realidad es negra como el edificio blanco, profundamente negro, con el que sueño todas las noches y todos los días, es decir, el día entero, durante semanas y meses hasta que me despierto y escribo estas memorias, más que malas, malvadas.

Mis hermanas se habían puesto del lado de mamá; otra vez, como siempre, me habían traicionado. No entendía por qué siempre me traicionaban (porque no entendía el poder del Poder) y lloraba a escondidas, diciéndome que era la última vez que esas dos traidoras me traicionaban, que era la última vez que iba a ver a toda la familia (mamá, papá ahogado, mis dos hermanas, Teté, etcétera) unida contra mí: el idiota, el inmundo, el loco, la mierda, el Traicionado.

Lloraba. Porque, sencillamente, nadie y nadie y nadie me quería de verdad y lloraba porque, cuando alguien me quisiera, mis hermanas me traicionarían otra vez, como siempre, otra vez se pondrían del lado de mamá para echarla, a esa grasa, a esa «pardita» que sólo quería ensuciar con sus patas «el abolengo de mi Familia», a esa «negra», a esa sirvienta, tan inmunda como yo, tan inocente como yo, traicionada, herida, ofendida por mis hermanas, una y otra vez, como siempre, hasta que se vengara y hasta que nos vengáramos.

Y nos vengamos, sin piedad, una y otra vez. Como siempre. Sin amor. Sin piedad, como estas memorias, peor que «malas», malvadas.

Aunque las haya perdonado, como ellas fingían que me habían perdonado, al menos hasta la próxima traición, ya que nadie perdona a nadie y tiene que pagarse la deuda hasta el último centavo, porque así estamos hechos como se hacen los cuchillos como se hacen las balanzas como se hace la justicia, aunque al final les haya perdonado esos treinta dineros

que creyeron ganar.

Y que perdieron,

porque yo gané.

Otra vez

y como siempre.

Visito a mi hermana mayor, la cuadripléjica, una o dos y hasta tres veces por semana, junto con mi esposa, la «pardita» y alguno de mis siete hijos, entre los propios y los adoptados. Mi otra hermana, la menor, no la visita nunca porque es depresiva, depresión crónica, y se deprime al ver a un muñeco de ventrílocuo convertido en su hermana, cada día más loca por culpa del edificio negro y de su inmovilidad y de los gatos, una docena de gatos que tomaron el lugar de sus muñecas, con los que habla cuando no habla conmigo o con la «pardita» o con la sirvienta que la atiende y atiende a los 12 o 14 gatos con nombres y apellidos ilustres, como el de Mi Familia, para que nadie diga que traicionó al «abolengo de Mi familia», pobrecita.

Las arrastré por el «fango», como dijo mamá. Pero también las perdoné.
Me casé con una «pardita», pero también las perdoné.
Estoy loco y soy una mierda, pero también las perdoné.
Lloré a escondidas, pero también las perdoné.
Me gano la vida con un muñeco, pero también las perdoné.
Me cago en «el abolengo de mi familia», pero también las perdoné.
Vivo en un barrio no residencial, pero también las perdoné.
Soy un grasa, pero también las perdoné.
Como refuerzos de mortadela, pero también las perdoné.
No soy doctor, pero también las perdoné.
Tomo el fresco en la vereda, pero también las perdoné.
Tengo hijos «parditos», pero también las perdoné.
Mi esposa es cajera en una tienda, pero también las perdoné.
Mis amigos son ventrílocuos o cosas peores, pero también las perdoné.
No perdono a nadie, pero también las perdoné.
Soy un «pobretón», como dijo mamá, pero también las perdoné.
No me baño todos los días, pero también las perdoné.
Fumo demasiado, pero también las perdoné.
Mis hijos van a la educación pública, pero también las perdoné.
No puedo pagarles la sociedad médica, pero también las perdoné.
Van al hospital, como sus padres, pero también las perdoné.
Voy a morirme en un hospital, rodeado de grasas como yo, pero también las perdoné.

La «pardita», mi esposa, también las perdonó: gracias a mamá. Nadie, ni siquiera una «pardita», tuberculosa y con enfermedades venéreas, que hubiera conocido a mamá, podía dejar de entender y perdonar a quien había estado bajo la pata diabólica de mamá. Gracias a mamá, aunque estuviera muerta y enterrada, lo que no es seguro ya que puede aparecer en cualquier momento para desatar el Infierno y todos la esperamos con mayor o menor disimulo, la familia volvió a reunirse. Nos reunimos una vez al año, a fin de año generalmente, esperando a mamá con menor o mayor disimulo, y mi cuñado, un arquitecto exitoso en su profesión, vivaracho y bromista, trata de mantener en alto el espíritu festivo, mientras mi hermana menor y su depresión crónica, que la obliga a tomar demasiados medicamentos, cabecea en su lugar y mi hermana mayor, instalada en su silla de ruedas, se pregunta dónde están sus gatos, que no están porque estamos en mi casa, y cree verlos debajo de los muebles, a veces debajo del sofá, a veces en un rincón oscuro, por lo que mueve la cabeza como el muñeco de un ventrílocuo en busca de uno, aunque sea uno de sus gatos, mientras la «pardita», como una sirvienta, pero no uniformada de sirvienta, sirve la comida, mientras yo busco y veo a mamá y, con mayor o menor disimulo, disimulo que está a mis espaldas y hasta sonrió a la hora de brindar. Feliz año nuevo.

Mi hermana menor o, mejor dicho, su esposo, mantiene a mi hermana mayor y a sus gatos. Mi hermana menor la mantendría y no su esposo, pero mi hermana menor no puede mantenerla porque no puede mantenerse, ni siquiera puede mantenerse en pie y duerme todo el día, lo que no le reprocho porque hay que vivir a veces o nunca, preferiblemente nunca, aunque algunos aceptemos vivir unas pocas horas al día, las menos posibles, seis como máximo, por amor a nuestras «parditas» y «parditos» y la «pardita» que los parió o adoptó, y por amor al arte de la ventriloquia y otros amores y otros odios de los que también hay que ocuparse si uno, como los grasas, quiere vivir o, mejor dicho, vivir a veces.

Mi hermana menor, tirada en un sofá o en su cama, por culpa de los antidepresivos, me repite, con los ojos entornados y su voz de sonámbula o de médium, que soy inocente, que no soy cruel, que sólo tengo los ojos abiertos y no como los de ella siempre entornados para no ver la crueldad, para no verla como yo la veo, siempre, con una exactitud de una crueldad exacta, me dice con su voz de sonámbula o de médium, como si la crueldad me hablara o, mejor dicho, hablara a través mío como si yo fuera un médium o un sonámbulo.

Y tal vez mi única crueldad, o perversidad negra como el edificio, es mi fascinación por la crueldad, a la que estudio desde que nací, y a la que aliento en mis prójimos para que la ejerzan en mi contra, para estudiar hasta dónde son capaces de llegar, y siempre llegan demasiado lejos, si uno los alienta para estudiarlos o, mejor dicho, para tener su corazón en la palma de la mano y estudiarlo como se estudia a un sapo o a una rata en una mesa de disección, porque, ¿no es bajo el precio (una o dos crueldades en mi contra) que pago a cambio de tener un corazón desnudo bajo la lámpara y la lupa en la palma de la mano y mesa de disección, con un bisturí hundido en el centro?

No sólo yo, Rodolfo, sino también mi muñeco, Rodolfo, participa de la operación, porque somos uno y dos al mismo tiempo los que nos horrorizamos al ver «lo que encierra un corazón humano», y también nos reímos a carcajadas porque la crueldad presenta a veces extremos asombrosos que despiertan la así llamada carcajada de asombro o carcajada sorprendida, según el autor, como cuando se ve una pila de cadáveres de treinta metros de altura o una cabeza o un corazón (o una mano o un pie) en un plato o fuente de mesa.

Mi hermana, la menor, abre los ojos por un instante y me mira a los ojos y sonrío un instante y cierra los ojos y se duerme, porque la realidad o, lo que es lo mismo, la crueldad de su casa blanca, pero negra, y de su barrio residencial, es demasiado para ella, lo que no le reprocho porque la vida la traicionó, como mamá y el «Abolengo de mi familia», como ella a mí cuando vivíamos en el edificio negro, y la pobre sólo quisiera no haber nacido o, lo que es lo mismo, sólo quisiera haber nacido en un vientre cálido o tibio al que busca, y a veces encuentra, durmiendo en un sofá o en su cama, en su casa o casona, mejor dicho, con losa radiante, en Pocitos.

Y la beso en la frente y me pregunto si no fui excesivamente duro con ella, porque la quiero y quiero a mi hermana cuadripléjica, excesivamente duro, excesivamente lúcido, impiadoso, cruel y desalmado como mamá, pero como mamá no, como mamá nadie, así que me voy, la conciencia intranquila, porque sólo mamá tenía la conciencia tranquila, mamá y Hitler, me digo, antes de que la última sirvienta me abra la última puerta y me odie, como un nazi a un judío, porque ¿qué clase de mierda no es capaz de abrir una puerta por sí solo?, ¿qué clase de mamá necesita a una sirvienta o a un judío para que le abra la puerta, si no quedó bimanco en la Segunda Guerra Mundial como un soldado nazi?, hasta que salgo al jardín donde me ladran un par de dóberman encadenados, a los que sueltan de noche para que los grasas, es decir, los ladrones, no violen la casa o casona por la noche y violen y asesinen a las sirvientas y a mi hermana menor, mientras el arquitecto le está poniendo los cuernos con una secretaria o un secretario en el otro extremo de la ciudad negra.

Hitler y mamá o mamá y Hitler estaban tomando un té con masitas en la Guarida del Lobo, que en la pesadilla era una fortaleza en lo alto de una montaña, rodeada de montañas, muy parecidas entre sí, si no idénticas; mamá y Hitler tomaban el té en una especie de balcón amplio con una mesa germana y sillas de jardín como las de los balcones del edificio negro, y Hitler hablaba de los judíos y mamá de las sirvientas y estaban completamente de acuerdo, incluidos los pan con grasa, porque ellos sólo comían masitas germanas, con un perro germano a los pies o, mejor dicho, a las botas de Hitler, que hablaba con un aire mundano y mostraba una cortesía germana y exquisita al mismo tiempo, lo cortés no quita lo germano, bromeaba Hitler, mientras una sirvienta germana, es decir, con un moño rubio, los servía y adoraba porque había llegado a la cúspide de su carrera de sirvienta, es decir, sirviendo al Fhurer y a mamá, a mamá y al Fiuhrer, que hablaban de la Solución Final para liquidar a los grasas, a los gitanos, a los maricas, a los judíos y a las sirvientas insolentadas que se multiplicaban como piojos, según mamá, como los judíos o el judeobolchevismo o algo así, por lo que había que exterminarlos sin piedad. Sin amor. Sin amor, como estas memorias, peor que «malas», malvadas.

De pronto: la sirvienta, a pesar de su moño rubio típicamente germano, con ayuda de una silla blanca de jardín, se trepó a la baranda y saltó al vacío, porque se le había quemado una torta germana o había descubierto que tenía un tatarabuelo judío por parte de su tatarabuelo o porque estaba enamorada del Fuhjrer (y no era digna de Él), y ni siquiera era digna de Goebbels que, cojeando, a pesar de su zapato de cojo, esquelético y siniestro como un cuervo, había entrado al balcón y había tirado su zapato de cojo con el pie cojo adentro debajo de la mesa y había tirado el resto en una silla de jardín para tomar un té con el Fiurer y, naturalmente, con mamá que, a pesar de venir de otro país y no ser germana por parte de padre, entendía a la perfección y compartía hasta el último detalle la teoría y práctica del nacional socialismo, filosofía grande, según mamá, porque volvía a poner el mundo en orden y «le bajaba el copete» a las sirvientas, a los grasas, a los judíos, y a los judeocomunistas que también en su país estaban corrompiendo a la juventud con sus mentiras dialécticas sobre la clase alta, hasta que un Hitler, pero claro que Hitler había uno solo, volviera a poner las cosas en su sitio, aunque ella conocía a más de un estadista y a más de un general que estaban de acuerdo en que estaba llegando la hora de exterminar a los piojos y sólo faltaba ponerse de acuerdo en el día y en la hora, porque en el Parlamento no hacían otra cosa que hablar y había llegado el momento de actuar, como había actuado y actuaba el Fhuirer, hombre de acción y no de palabras como un ventrílocuo. Entonces: algo, tal vez yo, porque ronco, despertó a mi muñeco que vio desaparecer a Hitler y a mi mamá, a Goebbels y a las masitas, a la Guarida del Lobo y a las montañas, más que parecidas entre sí, idénticas como Hitler y mamá o mamá y Hitler o mi muñeco y yo o yo y mi muñeco, aunque él parece un pingüino y yo parezco un ventrílocuo. (En realidad, tengo docenas de muñecos: el Pingüino, el Cuervo, Hitler, mamá, etcétera).

Cuando salgo de visitar a mi hermana y a su depresión crónica, hago un rodeo y aprovecho para mirar la blancura del edificio negro. A veces, un vampiro hinchado (¿hijo de un propietario?) estaciona su coche frente al edificio blanco y saca del coche un portafolios tan elegante como el coche, y da tres pasos y, claro, lo reconozco: y me digo que ahora será un vampiro hinchado, resollante, asqueroso; pero hace cientos de años fue un niño, un «lindo niño» como yo, y mi amigo, hace miles de años, me digo, fue como yo, antes de que Pocitos lo transformara en esa cosa repulsiva al que los mejores sastres le lanzan los mejores trajes con la esperanza, desesperada, de que no asuste a los niños, al menos a los niños como yo, a las mujeres y a los viejitos, ya que es su trabajo asustar a todos los demás, porque es un hombre «importante», aunque a mí no me asusta por «importante» que sea el vampiro, y hasta me vienen ganas de bajarle los colmillos de una trompada y gritarle que se rindió, que es un cobarde, un pedazo de mierda, un traidor que traicionó a su niñez y a la mía, etcétera, etcétera, hasta que lo veo como lo ven los demás, un caballero elegante, y veo a su guardaespaldas que también me ve. Y nos miramos a los ojos de grasa a grasa, de loco a asesino, sin pestañear. Hasta que el edificio negro se los traga, hasta que el vampiro se los traga, al edificio y al guardaespaldas, y me encojo de hombros y escupo el suelo, el barrio, y me voy, caminando, entre los muertos, en busca de la vida porque fuera de Pocitos me gusta, a veces, vivir, aunque haya nacido.

Álbum de familia



En familia



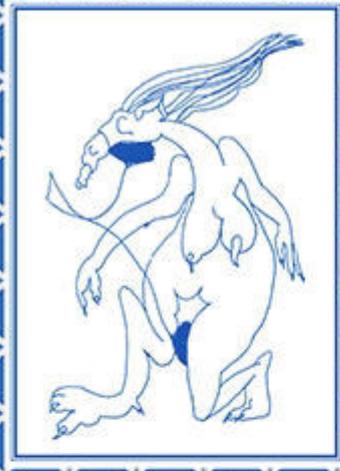
Cristina



Florenxia



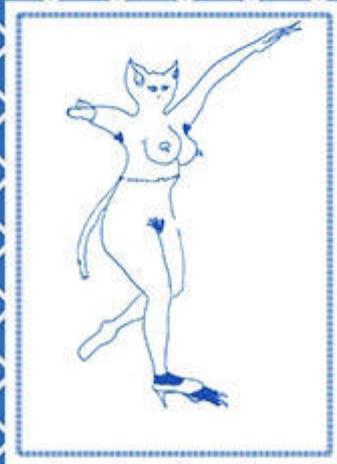
Niño graxa



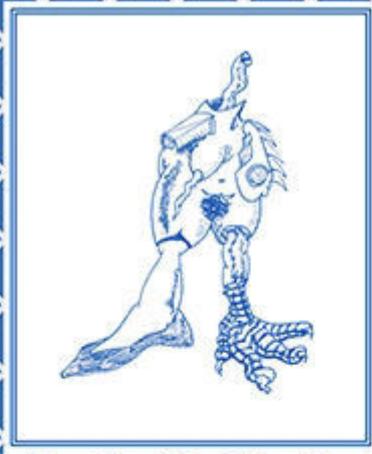
Teté



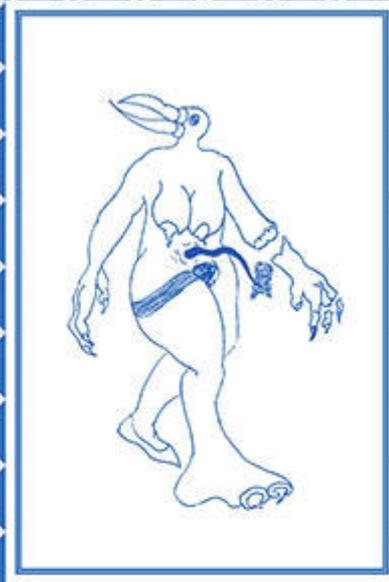
La sirvienta y "el proveedor"



Cristina



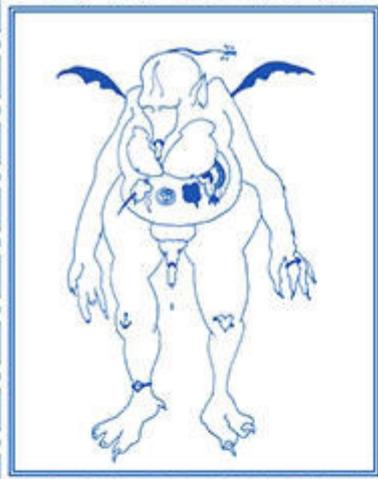
El tío Willy



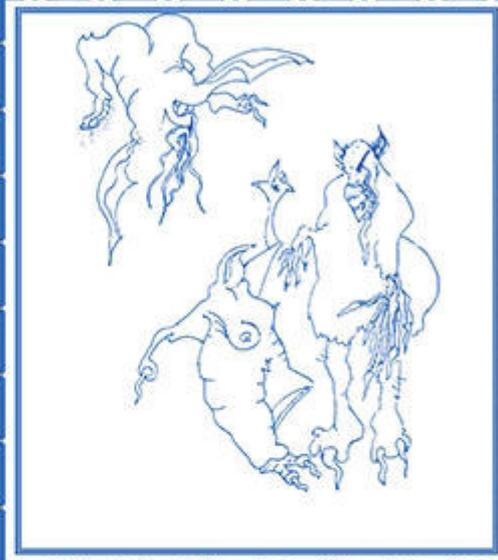
Teté pariendo a mamá



Florenca en clase de ballet



Capitán de fragata



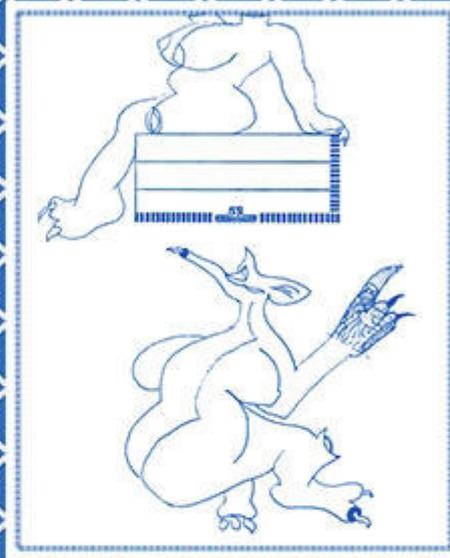
Las hermanas del tío Willy



Rodolfo



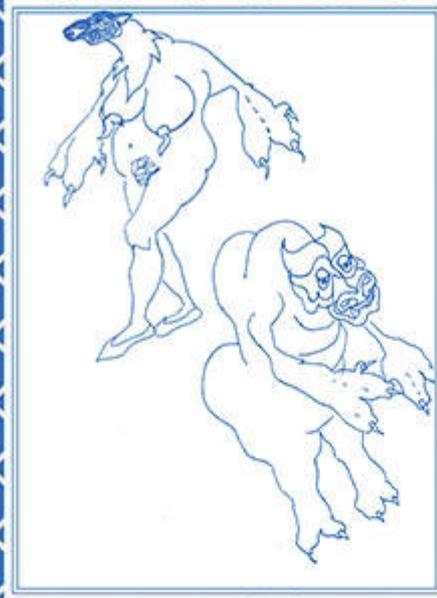
Las pesadillas de mi cuñado



Mis pesadillas I



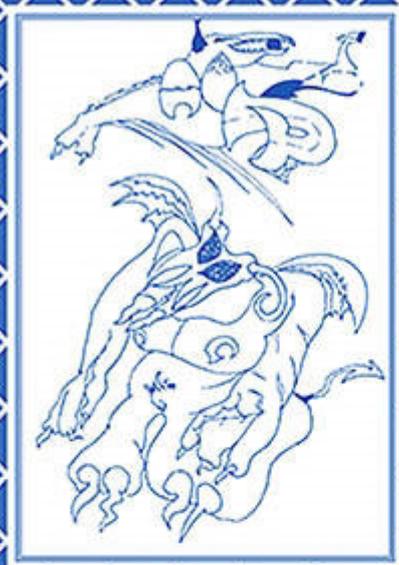
Mis pesadillas II



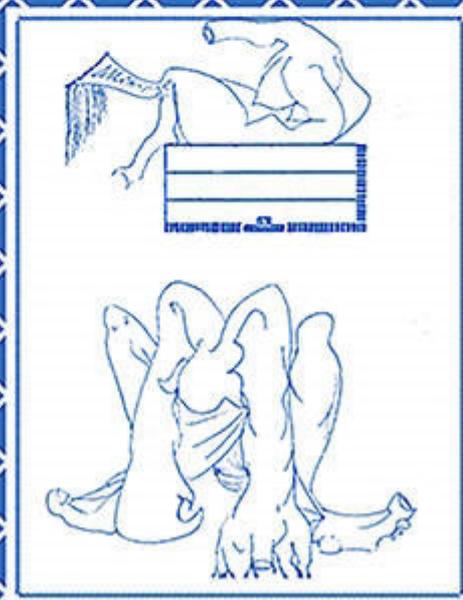
Mamá tocando el piano



En vacaciones



El living



Mis pesadillas III

GRAN ENSAYO SOBRE BAUDELAIRE

(una novela histórica)

El tallo de una flor

Soñé que había escrito una novela odiosa y odiada: la ley me había condenado a muerte. Ya había visto la guillotina, esa alta puerta negra, en mitad de la plaza. Estaba asustado, claro; pero amaba cada palabra de esa novela monstruosa titulada: «Baudelaire». La llevaba en un bolsillo de mi chaqueta, pesando dulcemente sobre mi hombro izquierdo. En el derecho tenía un cuchillo muy liviano, con la hoja delgada y flexible como el tallo de una flor. Caminaba de noche, un vampiro de Baudelaire, escondiéndome en las sombras picudas de esa ciudad que me odiaba.

Me iba a llevar a unos cuantos a la tumba, antes que alguna de sus trampas me cazara. X me había dicho que estaban construyendo una trampa para mí, en la que sólo yo podía caer. Los demás, X incluido, pasaban entre las rejas sin verlas. Me dijo que la trampa podía ser: 1) un cuarto, 2) una calle, 3) un barrio (en el que yo seguramente había estado, antes de escribir la novela) o 4) cualquier otra cosa.

Le dije que a él también lo buscaban, por haber leído «Baudelaire». Que ya habían construido una trampa solamente para él, en la que sólo él podía caer. Le dije que la trampa era: 1) un cuarto, o 2) una calle, 3) un barrio (en el que X seguramente ya había estado y había sido feliz) o 4) cualquier otra cosa. A menos que me traicionara... A menos que la trampa fuera un amigo: X, por ejemplo. Me dijo que lo habían obligado, que tenía familia. (Que a mí nada me importaba: avergonzar a mi familia escribiendo inmundicias, por ejemplo). Que él no quería aparecer, en los diarios, en la TV, como un degenerado, como un lector de «Baudelaire».

Me dijo que no era mi amigo, que yo lo había engañado, que de haberme mostrado tal como era (un aborto) nunca hubiera permitido que me acercara a su familia. Nunca habíamos sido amigos, me dijo, nunca te conocí: «vampiro con alas de albatros», etc. Le dije que era mi mejor amigo, que me conocía desde la niñez, que había leído «Baudelaire» a medida que lo escribía y que me había felicitado (¿sin Envidia?) por alguno de los mejores capítulos. Me dijo que había estado ciego; que los ojos se me estaban cerrando... Me acordé de la taza de té que X me había servido al llegar. X se convirtió en un borrón negro.

—Estaba ciego —dijo.

Me había dejado ciego.

Soy ciego.

Escribo al tacto, con ayuda de un bastidor. Envejezco. Un buen día, ya muy viejo, sospecho: X, para que no gaste tanto en papel (a fin de cuentas, sólo escribo inmundicias), siempre me da la misma hoja. Mis obras completas no son otra cosa que una sola hoja de papel, totalmente invadida por una gran mancha negra con algunas letras en los bordes como patas de insecto. Mis gritos, mis aullidos, me despiertan... Abro los ojos: X está muerto; tiene un cuchillito hundido en el ojo derecho. Me digo que uno sólo tiene derecho a ofenderse, a enfurecerse, con sus amigos.

Antes de irme, le solté unas patadas en la cara porque uno sólo tiene derecho a pedirles lealtad a sus amigos; abrí la puerta enrejada y me lancé escaleras abajo. Ya en la calle, fui hacia la derecha. La izquierda era lo mismo. Estaba perdido... No me acordaba de mi dirección: alguna de las trampas había empezado a funcionar, borrando ciertos nombres, borrando algunos recuerdos importantes, seguramente los más felices (si alguna vez los hubo). Cuando tuviera que vivir solamente con los malos (los tengo y sospecho que algunos no son míos: los fabrica una máquina que gira en el otro extremo de la ciudad) tendría que sacármelos de la cabeza, tirándome de cabeza contra un muro. Una y otra vez. Una y mil veces. O la guillotina, pensé.

Mientras tanto, seguir caminando: alejarse de la guillotina. Seguí caminando; había que llegar a la editorial a las tres en punto.

Una cincuentona rolliza, con un moño negro, dejó el manuscrito de «Baudelaire» en una mesa repleta de libros y papeles, y me invitó a bajar tres escalones de madera. Las telarañas brillaban en la penumbra... Me invitó a sentarme frente a una máquina de

escribir de plástico y me ordenó que redactara una carilla sobre los gatos.

—Para conocer su estilo —explicó, antes de esfumarse entre la penumbra y las telarañas. ¡Mierda! Yo había venido a traer mi «Baudelaire»: cinco años de trabajo.

A la media hora, sudando, corriendo del miedo al odio y del odio al miedo como una rata ensangrentada, saqué la hoja y leí dos párrafos.

Subí despacio los tres escalones. Recuperé «Baudelaire» y, encogido, fui acercándome pasito a pasito a la salida.

Humillado, humillado por esa bruja del Demonio, resolví volver a la editorial y hablarle. Le explicaría, resumiendo, mi estilo. Conocería mi estilo. Le explicaría que sólo podía hacer dos cosas: leer «Baudelaire» inmediatamente y editarla o, lo que era peor, no mucho peor, casi lo mismo, idéntico, conocer al autor de «Baudelaire» —grité, levantando la máquina de escribir y deshaciéndole el moño con el primer golpe. El segundo. El tercero. El quinto, etcétera.

Puse la máquina de escribir en el suelo, al lado de la mesa. Una mujer salió del baño, y miró la pila de cuadernos de escuela en los que había escrito «Baudelaire». Después miró la máquina de escribir en el piso, al lado de la mesa.

—Ya casi no sirve —dije—. Está toda rota. Debería tirarla.

—No —dijo ella.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Me da lástima todo lo que está roto —dijo, acariciándome la cabeza.

Giré la cabeza para mirarla; pero una de las trampas, una de las máquinas que trabajan contra «Baudelaire», giró y ella desapareció como una alucinación. Alucino, reconocí. Necesito descansar... Un refugio. Necesitaba encontrar el camino a casa. Me había olvidado de todo: ¿por qué el juego de la memoria no tiene reglas?

—Ómnibus —dijo La Voz.

Supe, de algún modo (¿una falla en una de las trampas?) que vivía en el Centro, y que la parada de mi ómnibus estaba a la izquierda. Pregunté y x me señaló un atajo; el horizonte desapareció y caminé hasta el final de una calle de tierra sucia, muy estrecha, apretada entre dos casitas de bloques y zinc. Una escalera de pintor, larga como una escalera de incendios, estaba apoyada al borde del precipicio.

Unos treinta metros más abajo, la calle seguía tan mísera e imperturbable como antes.

—¡Por «Baudelaire»! —grité.

Aquella escalera era una basura de tablas podridas. ¿Una cosa más flaca, más cadavérica que yo y cincuenta veces más larga? Pensé que todo era una trampa... Al final, entre asustado y furioso, resolví seguir: la escalera tembló y se dobló en cuanto apoyé la punta del zapato. La vi quebrarse al medio... Subí, con las rodillas temblando y los dientes apretados, y me tiré de cabeza en el pasto; al rato, una gallina flaca se acercó a mirarme con un ojo burlón. Me desperté en el ómnibus, con el pescuezo torcido, a tres paradas de mi casa.

—¿Es mi casa? —pregunté.

—Es un cumpleaños —contestó el hombre—. Mi casa es su casa.

—Sí —dije, apoyándome en el marco de la puerta.

Entré en la penumbra marrón de un cuarto grande y húmedo. Había una cama de matrimonio vagamente amarilla y una simple mesa de madera oscura abandonada a medio camino, entre la puerta de calle y la puerta de la cocina. De la cocina salía un resplandor blanco de azulejos que hacía más borrosa la mesa, la cama, la mujer gorda que se peinaba en un rincón y me invitaba a pasar. Me acerqué a la mesa, donde estaba la torta de cumpleaños. Tenía forma de corazón, o de cartuchera de revólver. Muy adecuada para un varón y para el barrio, me dije. Vivíamos en una zona peligrosa. El chiquilín estaba acostado sobre la torta, metido hasta el pecho en una especie de bolsillo de tela y merengue. Tenía unos diez años, el pelo negro y corto, los ojos diminutos y un cucurucho verde anudado abajo del mentón. Algunas velitas estaban

prendidas; las llamas subían y bajaban reflejándose en la frente blanca y ancha de Luis.

—Un niño prodigio —aseguró el hombre que me había atendido en la puerta, levantando un violincito blanco.

La mujer, con aquel pelo rojizo y desordenado, se echó a llorar. Me dijo que Luis estaba por cumplir los diez años. La entrada de la cocina era un rectángulo blanco, sobrenatural. Una puerta hacia el Paraíso, me dije.

Empezaron a llegar los deudos y a ubicarse alrededor del ataúd o la torta o lo que fuera; mujeres con chiquilines y velas blancas, hombres con moñas negras en las solapas. Le cortaron la cabeza, dijo La Voz. Un hombre salió del resplandor de la cocina y con un cuchillo se puso a escarbar debajo de las uñas del chiquilín; supongo que le extrajo diez violines microscópicos. Supongo, además, que el hombre era un ángel. Me despertó el teléfono.

Sí. Alguien llamó para avisarme que un amigo, mi mejor amigo, acababa de «irse»; no tengo teléfono, ni tampoco un solo amigo; colgué y fui al velorio de X.

Había visitado la casa de mi amigo docenas de veces, pero aquella tarde no podía reconocer la fachada. Es natural, pensé, que la fachada haya cambiado porque mi amigo está muerto.

Pero ¿qué forma, qué color, tomaba la fachada de la casa de un muerto? Al final, después de ir y venir por una calle arbolada, creí reconocer el portón de rejas, el patio delantero (baldosas amarillas y violetas), la arcada del porche; pero, justamente en la arcada del porche, había una flamante hilera de azulejos con flores rojas y pájaros verdes. ¿Cuando alguien se moría, no cambiaba todo? ¿Por qué sólo habían agregado una docena de azulejos?

Tampoco reconocí a la esposa de mi amigo, ni a sus hijos. Una mujer de luto, con un extraordinario sombrero negro decorado con racimos de uva y bananas, me abrazó llorando.

Antes de irme, me pegué a un cenicerito de plata y me lo tiré en el bolsillo de la chaqueta. Pero era una pesadilla y me había olvidado de la chaqueta. Como sólo llevaba unos calzoncillos viejos y sucios, el cenicerito (un pajarraco que se dejaba quemar el lomo) rebotó junto a mi pie descalzo.

Los deudos, incluida mi señora madre, avergonzados por mi «mala conducta», se volvieron hacia el ataúd abierto. Un cadáver de treinta años, con rasgos comunes, los ojos diminutos y abiertos, iguales a los de Luis y a los míos, tenía las manos cruzadas sobre un ejemplar de «Baudelaire».

Soy yo, pensé. Esto es una pesadilla. Salí al patio vacío.

—¡Ladrón! —gritó una voz infantil, mientras yo trataba de abrir el portón de rejas con dos manos ajenas: pálidas y tembleques.

Una cosa, tirada con una fuerza infantil, me dio en la espalda: un picotazo en la joroba. Recogí el pajarraco, naturalmente. Soy un ladrón, me dije. Carne de horca, de guillotina. Vi que el cadáver tenía una línea roja en el cuello. ¿Me habían decapitado? Salimos al patio, cargando el ataúd sobre nuestros hombros.

El cementerio, a pesar de los árboles y las sombras de los ángeles y los demonios de mármol, ardía: 40 o 50 grados.

Soñé que no podíamos enterrarlo. Faltaba algo importantísimo... Un pintor, el gordo Alfonso, el gordísimo Alfonso, con sus papadas y los tobillos agujereados por la diabetes, se ofreció para cantar el *Ave María*. Todos sabíamos que tenía una voz horrible, de caño, y que no sabía ni cómo empezaba el famoso *Ave María*; pero se pensó que era algo lo suficientemente ridículo como para despedir al autor de «Baudelaire». El gordo, con una mano en el pecho, lanzó unos gritos destemplados. Seguía faltando algo, algo esencial. Queríamos irnos de una vez, pero era imposible, como en toda pesadilla moderna. Estuvimos suspirando y rascando la tierra con la

punta de los zapatos, pensando en ese «algo» que faltaba para terminar la farsa. Entonces, alguien movió un brazo o hizo una mueca o suspiró de una forma especial; yo estaba mirando la fosa y no supe quién fue el que hizo la «operación» que faltaba; sentí, todos sentimos, que ya podíamos hundir el ataúd de cabeza. Al otro día, me desperté tarde; salté de la cama, como un duende verde, y me puse los pantalones (no quería que me vieran otra vez en calzoncillos) y la corbata y la chaqueta, y subí a un taxi. Me sentía culpable, y necesitaba que la viuda me consolara. Es una mujer extraordinariamente hermosa; nunca podré entender cómo hizo x, ese duende verde y cadavérico, para conquistarla. Me bajé frente a una casita verde (sin portón, sin patio, sin arcada en el porche) y llamé a la puerta. Seguramente, ya todos los cuervos habían sido rechazados. x, tanto vivo como muerto, odiaba la publicidad. Ya dije que no parecía un artista, sino un cadáver y su asesino al mismo tiempo; lo único que le interesaba era, por un lado, escribir esas cosas inmundas y, por el otro, llevar una vida «normal» (su idea de la normalidad era no salir jamás de su casa, excepto para insultar o golpear a alguien), con su mujer y sus dos hijos.

Claro que yo era un viejo amigo de la familia. Alguien de la casa. Llamé una vez. Y otra. Y otra. Y otra vez. ¿Una vez? Una vez x me había dicho que yo no era otra cosa que un farsante.

La viuda me abrió la puerta y me invitó a sentarme en la cocina. Una cocina diminuta. Nadie sabe dónde está la fortuna de x, ni la mía.

Le hablé a la viuda de mi dolor y me explayé sobre las grandes virtudes personales y artísticas del fiambre verde; la mujer, con un bozal de acero, una especie de máscara anillada, me insultó en el idioma de los muertos.

Me subí en un taxi y volví a casa. Hace años que vivo en un edificio verde de tres pisos, un edificio agrietado, con brujas y gárgolas bastante gastadas y bastante furiosas. No encontré el edificio. Ni siquiera encontré la calle. ¡Era absurdo, inaudito, que no pudiera encontrar la calle de mi propia casa! ¿Acaso, pensé, yo soy el muerto? La idea me pareció natural e, incluso, agradable; hacía tiempo que estaba cansado de escribir. «Baudelaire» me había matado.

Lo único que me fastidiaba, que me enloquecía, era no reconocer la fachada de mi propia casa. Es natural, repetí, que la fachada haya cambiado, porque todo cambió, porque todo giró, como una máquina, 180 grados: estaba muerto.

Pero ¿qué forma, qué color, tomaba la fachada de la casa de un muerto? Al final, me interné por una calle arbolada: los pájaros cantaban en el idioma de los muertos, de los decapitados en la plaza. Desembocué en una plaza, muy verde. Verde como un duende. De allí, salí a un parque todavía más verde y luminoso. Lo sorprendente, más allá de la primavera, es que el pasto está cubierto de trampas para ratones. Cientos de trampas negras y rectangulares, con ángulos dorados: el famoso mecanismo. Trampas negras y doradas, como ataúdes.

Algunas se cierran aquí y allá, con un estampido de revólver. La mayoría, cerradas, no cazaron nada: el trozo de queso está intacto. Sigo andando: de pronto, veo a un gorrión con la cabeza separada del cuerpo. Sí: hay docenas de pájaros multicolores, colibríes y papagayos que ya fueron guillotinado. Diminutos cráneos aplastados. Plumas muertas. ¿Hay trampas para las mariposas en todas las flores de plástico?, dice La Voz. Desemboco en una plaza tan verde como el parque: la guillotina reluce al mediodía.

Los soldados, de negro, con yelmos emplumados, me escoltan a través del gentío. La plaza, con la guillotina en el medio, está del otro lado del Cielo.

Pero no. No, no es una guillotina. Es una puerta. ¿Qué hace una puerta de madera, oscura, a cielo descubierto, levantada en mitad de la plaza? X se desprende del populacho; está llorando y tiene un ejemplar de «Baudelaire» en la mano izquierda. Sigo acercándome a la puerta. No, me digo, no es una puerta. Es un ataúd de pie.

Lo ocupo y, lentamente, me vuelvo hacia el público. x me entrega el ejemplar de «Baudelaire» y lo aprieto contra mi pecho.

Espejos rotos

Me dijo que estaba leyendo *La guillotina*. Toda puerta es una guillotina, dijo. Baudelaire, dije. Le dije que saliera a la calle. Día y noche, aquí encerrado. Leyendo. Escribiendo, dije. En la calle se veían cosas maravillosas: verde, le dije.

Árboles. Sí, dijo. Madera. Hacen puertas de madera. Ataúdes de madera. Guillotinas, dijo.

Le dije que...

Me dijo que...

Le dije.

Me dijo.

Etcétera.

Baudelaire, dijo, amaba su niñez. Bichicome, dijo. Yo no amo mi niñez. Nací a los cuatro meses: un aborto. Un duende verde. Baudelaire amaba a su madre, la gigante. Mi gigante, dijo, se descompuso al verme. Todos se descomponían al verme, dijo. Me dijo si había visto a un aborto de tres meses, con los ojos abiertos. Dijo que la muerte era como un tigre. O un camello, dijo. Yo, dijo, tiraba para mi lado y el camello (o tigre, dijo, elefante-cocodrilo, etcétera, etcétera, dragón) tiraba para el suyo. Se rio, moviendo la cabeza.

Le dije que había visto a un bichicome, con un traje harapiento, traje y corbata, le dije, arrastrando una valija deforme llena de pedazos de metal: tuercas o llaves. Le dije que era una valija casi tan alta como el bichicome y tan pesada que, cada pocos metros, tenía que sentarse a tomar aliento. Le dije que estaba loco. Sí, dijo. Como yo. Le dije que la valija era como un perro enorme, o un tigre, que estaba resuelto a ir para otro lado. Con las dos manos el bichicome tiraba para un lado, y la valija tiraba para el otro. Me dijo que él no los había visto. Que hacía meses y años que no veía nada, salvo la puerta de su apartamento. La puerta cerrada, me dijo.

Me dijo que él también, con un traje harapiento, traje y corbata, había arrastrado una de esas valijas gigantescas. Me dijo que yo no podía imaginar el sufrimiento, la tortura, de arrastrar, meses y años, una de esas valijas por toda la ciudad. Subir las escaleras, por ejemplo. La tortura, dijo, la agonía, de arrastrar escaleras arriba una de esas valijas. Se rio, moviendo la cabeza.

Me ofrecí a traer un cerrajero.

Vendedores ambulantes, dijo.

Me dijo que nunca trancaba la puerta. Había perdido la llave. Me ofrecí a volver con un cerrajero. Me dijo, como si no me hubiera oído, que antes había utilizado toda clase de cerraduras de seguridad y que, muchas veces, había levantado barricadas en distintos «puntos estratégicos» del apartamento. Pero, ahora, ya sólo confiaba en el azar. Hasta ese instante, dijo, los había eludido gracias al azar. ¿Acaso no habían abierto todas las puertas de todos los apartamentos, cientos y miles de veces, excepto la suya? No sólo tenía al azar de su parte, dijo; la verdadera razón de que no lo hubieran encontrado era que se movían con demasiada lentitud. Caracoles, dijo. Es verdad, le dije. Los vi arrastrando esas valijas con miles de llaves que los agotan enseguida; más de una vez, al entrar o salir del apartamento, porque él jamás sale, vi a uno de los «perseguidores» sentado en una escalera o en un corredor del edificio, descansando, limpiándose la frente con una manga, tratando de recuperar el aliento, a la sombra de una de esas valijas deformes. Eso lo había llevado a creer, dijo, que eran sólo vendedores ambulantes o empleados de una empresa de mudanzas. Se rio, moviendo la cabeza. ¿Podía él confundir a una valija con un sillón? Eran valijas enormes, gigantescas, monstruosas. Le dije que yo también las había visto. Le pedí que me explicara todo punto por punto; le dije que, como él, yo creía que nadie podía confundir a una valija con un sillón, o a un vendedor ambulante (o a un empleado de una empresa de mudanzas) con uno de los perseguidores y sus valijas.

A menudo, le dije, veía a uno de sus perseguidores y enemigos, llave en alto, la cara transfigurada por los ascensos y demás premios que recibiría, corriendo hacia el edificio de enfrente. O hasta perderse de vista, me dijo.

Le dije que, a veces, llevaban en alto llaves enormes y muy trabajadas, llaves antiguas y muy valiosas, llaves de oro, llaves de cuentos de hadas, pero claro: incapaces de abrir una cerradura moderna. Esos desgraciados no lo asustaban, me dijo. Se habían vuelto locos y los habían despedido muchos años antes; iban de un lado a otro con sus zapatos agujereados y sus corbatas raídas y, a veces, sus llaves imaginarias. Porque, a veces, tenían la mano vacía; eso, me dijo, lo había llevado a pensar que eran simples bichicomes que saludaban con la mano a los bichicomes que venían corriendo en sentido contrario. Se rio, moviendo la cabeza. Le dije que no eran «simples bichicomes». ¿Qué podía hacer un grupo de bichicomes, todos con trajes harapientos, cada uno de ellos con traje y corbata por harapientos que fueran, corriendo juntos en la misma dirección?

Me dijo que no me desnudara.

Me dijo que no sacara la llave de la cartera, que se ponía en mis manos. Lo único que se animaba a pedirme era que no lo encerraran bajo llave. Me asustan las llaves, dijo. Lo que pueden abrir. Lo que pueden cerrar.

Le dije que lo encerrarían.

Le dije que ya habían llegado, que estaba sonando el timbre del portero eléctrico. Fue hasta la puerta, pero no contestó.

Como esa vez tampoco quiso atenderme, retrocedí hasta la vereda de enfrente y miré hacia su ventana (tercer piso) con expresión vencida. Triste, creo. Sí. Triste. Me acaricié las tetas (estaba completamente desnuda) y moví el trasero como una puerca. Me apoyé en un pie, después en el otro. Creo que debo haberme mordido el labio inferior: sangró. Me fui, calle abajo o calle arriba.

Esa noche me llamó de un «teléfono público» y me pidió que no fuera más a su edificio. Podían lastimarme, dijo.

Le dije que me abriera, por favor. Me eché a llorar, claro. Le dije que estaba muy enfermo, que necesitaba ayuda, etcétera. Colgó y fue a sentarse en su mesa de trabajo. Escribe en cuadernos de escuela. Escribió «La persecución» en un cuaderno que yo le había regalado.

Soñé que cerraba, siete vueltas de llave, la puerta de mi apartamento. En la escalera, vi a un hombre descansando a la sombra de una valija muy pesada y muy oscura. El hombre tenía una llave de oro en la mano. Pero yo no estaba soñando que me perseguían; él, como siempre, escribía lo que le daba la gana: me había convertido en uno, en otro, de sus títeres. En otro de sus personajes; aunque, tal vez, yo sea el único de sus personajes que no está en su contra. Por lo menos, dije, a veces pienso que no estás con ellos. Te amo, le dije, llevándome las manos a la cara y estudiando (entre el dedo índice y el medio) su pelo grasiento, su barba grasienta y sus manos grasientas y con las uñas negras y largas y curvadas hacia abajo como las de un mochuelo.

Por otro lado, sus cuatro huesos, con una delgada capa de piel amarilla, huelen a mierda estancada. (Nunca le importó disfrazarse de hombre de las cavernas; en sus mejores épocas, si las hubo, parecía un bichicome medio loco y decididamente peligroso). Te amo, le dije, aunque yo no estaba hablando con él en su apartamento porque hace 17 días que no me deja entrar al edificio. Está enfermo, muy enfermo; siempre estuvo enfermo; pero ahora está pudriéndose en ese apartamento, lleno de basura, hormigas, pulgas, chinches y piojos, gusanos, inmóvil como un cadáver sentado de cara a la pared.

«Depresión profunda», según el psiquiatra con el que hablé ayer, hoy, mañana. (Ya que no puedo hablar con el enfermo, hablo con el psiquiatra). Necesito hablar con alguien de él. Necesito desahogarme: lloro como una madre a su hijo enfermo de muerte. Como la Virgen María al pie de la cruz. Como un vendedor ambulante.

Te amo, le dije, con un sollozo bastante convincente.

—Estoy convirtiéndome en otra cosa —chirrió—. ¿No lo ves? ¿NO LO VES?

Con bastante dificultad, porque todavía no se había acostumbrado a sus mutaciones, subió a la silla y después al escritorio. Ya me había fijado en el capullo, fabricado con sus propias secreciones, que colgaba de la viga del techo. Se acomodó en esa bolsa parda y ovoide, de la que colgaban algunos filamentos negros, etcétera.

No me mires, dijo. Te lo prohíbo. Tengo 17 manos, dijo. O patas. Me arrastro... como un gusano. Siempre quisiste verme arrastrándome a tu alrededor. ¿Estás contenta?, dijo. No, dije. Hubiera elegido a un perro, dije. Te amo, dije, mirando al perro amarillo y esquelético que había elegido. Menos que un perro, dijo, o dije.

Me dijo que lo trataban como a un perro. Humillar a los demás es la necesidad más fuerte de la especie humana, dijo. Su bajeza los abrumba tanto que necesitan constantemente ver a otros por debajo de ellos. Él, tan enfermo y débil, tan enfermo, tan inofensivo, dijo, era el perro de todos. El que está por debajo de todos.

A veces, dijo, muerdo. Pero sólo, dijo, cuando lo apaleaban demasiado y estaba a punto de volverse loco. Se rio, moviendo la cabeza. Me dijo que andaba por su apartamento despacio, muy despacio, con el bozal y los cuatro zapatos de goma. Pero el vecino de abajo se quejaba de sus «corridas y saltos». El de arriba de sus «ladridos y aullidos». Era cierto que, antes, gritaba. (Por eso, ahora, se quitaba el bozal cuando yo llegaba y volvía a ponérselo cuando me iba). Se rio, moviendo la cabeza.

El vecino de la izquierda le ponía una correa y lo bajaba a la calle y lo obligaba a pasear en cuatro patas, en 17 manos, frente a todos, me dijo. El vecino de la derecha dice que muerdo, dijo. Le dije que no mordía. Le dije que mordía cuando lo apaleaban demasiado y estaba a punto de volverse loco. Lo besé en la trompa.

Lo acaricié... Me acosté boca arriba en el suelo (estaba completamente desnuda). Nunca me había montado un perro.

Me cortaron la cabeza, dijo.

Le dije que saliera a la calle, que nadie lo perseguía. Me dijo que la última vez que había salido a la calle, había visto tres o cuatro asesinatos. Posiblemente, cuatro. Asesinatos, dijo. Cuatro perros. Y ratones, me dijo. La última vez, dijo, me perdí y terminé al mediodía en la luz verde. Luz de parque. Un parque verde agua, dijo. Lo asombroso, dijo, más allá de la primavera, era que el pasto estaba cubierto de trampas para ratones. Se rio, moviendo la cabeza. Cientos de trampas negras y rectangulares, con ángulos dorados: el famoso mecanismo; algunas se cerraban, aquí y allá, con un estampido de revólver. Pum. Pum. Pum.

La mayoría, cerradas, no había cazado nada: el trozo de queso estaba intacto. Seguí andando; de pronto, vi a un gorrión con la cabeza separada del cuerpo. Sí, me dijo. Vi cientos de pájaros multicolores, colibríes y pavos reales, que ya habían sido asesinados. Pavos reales. Pavorreales. Sí. Diminutos cráneos aplastados. Plumas muertas, dijo. Trampas diminutas, para las mariposas, en todas las flores de plástico. Gorriones. Colibríes. Pavorreales. Ratones. Gusanos. Y cocodrilos, dijo. Se rio, moviendo la cabeza.

Le dije que no saliera. Que era muy peligroso. Que lo perseguían... Me dijo que tenía que llegar a la editorial a las tres en punto. Había caminado y corrido, atajos, en cuatro patas. La mujer dejó el manuscrito en una mesa, llena hasta el techo de papeles, y lo invitó a bajar tres escalones de madera. Las telarañas brillaban en la penumbra, dijo, como espejos rotos. La editora lo invitó a sentarse frente a una máquina de escribir y le ordenó que redactara una carilla sobre los perros.

—Para conocer su estilo —explicó, antes de esfumarse en los espejos.

¡Él, me dijo, había ido a llevar su novela! Ocho años de trabajo, dijo.

A la media hora, sudando, corriendo del miedo al odio y del odio al miedo como un perro ensangrentado, dijo, sacó la hoja y leyó dos párrafos.

Subió despacio los tres escalones, recuperó el manuscrito de «La persecución» y, encogido, fue acercándose pasito a pasito a la salida. Se rio, moviendo la cabeza. Yo lo había afeitado. Aquella cara, larga y amarilla, destrozada, inexpresiva como la de un muerto, dijo, parecía recién sacada de la canasta de un verdugo. Se rio, moviendo la cabeza.

Lo peiné. Lo afeité. Le di de comer en la boca.

Soñé que era ciego, me dijo. Ellos me habían dejado ciego, dijo. No veo, dijo. Soy ciego.

Escribo al tacto, dijo, con ayuda de un bastidor.

Soy ciego, dijo. Envejezco, envejezco... Un buen día, ya muy viejo, dijo, sospecho: mi esposa, para que no gaste tanto en papel (a fin de cuentas, sólo escribo basura que nadie quiere publicar), siempre me da la misma hoja. Mis obras completas no son otra cosa que una sola hoja de papel, totalmente invadida por una gran mancha negra, dijo, con algunas letras en los bordes como patas de insecto. Soy tu esposa, le dije. Te amo. ¿Entonces, dijo, por qué dejaste que me pegaran, que se rieran de mí, que me cortaran la cabeza, dijo, y la despellejaran? ¿POR QUÉ NO TENGO OJOS?, me dijo.

Le dije que había visto a un caballo amarillo y esquelético, tirando de una de esas valijas enormes. Por toda la ciudad. A un caballo que tenía una mosca. Le dije que cuando el caballo reventó, obligaron a la mosca, porque la mosca era del caballo, y el caballo era del perseguidor, a tirar de la valija. Sí, dijo. La crueldad. El horror, dijo.

Todos se reían de la mosca, dije. Se rio, moviendo la cabeza. Con los ojos fuera de las órbitas, con las alas desesperadas, la mosca, la mosca, la mosca, tiraba una y otra vez hacia adelante, hasta que el correaje la tiraba hacia atrás y la valija la tiraba hacia atrás como un tigre naranja.

La mosca y el tigre, dijo. Sí. Una fábula. Se rio, moviendo la cabeza.

No tenés ojos, le dije, porque te los vendaron. Te dieron un palo y te obligaron a dar palos, palos de ciego, a los caballos, los perros y las moscas. Ellos vienen con sus caballos, sus perros y sus moscas para que los castigues y tires, con más entusiasmo, de sus valijas. Le dije que podía haberse negado. Me dijo que a él también, mientras apaleaba a los animales, lo apaleaban para que apaleara a los animales con más entusiasmo. Sobre todo, dijo, a las moscas. Y a los gusanos. Y a las mariposas, dijo. Y a los cocodrilos. Sobre todo a los cocodrilos.



LA MOSCA Y LA VALIJA

(Acuarela, óleo, lápiz y tinta china sobre papel montado sobre cartón)

Se rio, moviendo la cabeza. Los ciegos, los «contadores de cuentos» árabes, usan unos tambores para llamar la atención en el mercado. Vienen las moscas, los perros, los caballos y los camellos. Sobre todo, las moscas. Siempre hay un centenar de moscas alrededor de los ojos: esos «oasis de lágrimas» de la poesía árabe.

Pero hay moscas sedientas, dijo, que no pueden acercarse a los ojos; están tirando de las valijas de los perseguidores, de los vendedores de hachís y babuchas. Y también hay caballos, dijo. Y camellos. Y cocodrilos, dijo; cocodrilos recién pescados en el Nilo y ya destrozados a golpes, dijo, tirando de las valijas. Se rio, moviendo la cabeza. Recién pescados. Recién nacidos, dijo, los arrancan del Nilo. Los apalean, dijo. Hay que apalearlos y arrancarles los ojos, y apalearlos y apalearlos hasta que entiendan: ahora ellos son parte de una valija. La valija tira para un lado, como un tigre o un camello, y el cocodrilo ciego tira para el otro. También, dijo, les cortan los tendones para que anden en cuatro patas. A los niños ciegos, dijo. Son más baratos que los cocodrilos, dije. Primero, dijo, los sodomizan, a niños y niñas. Después, ya que están en cuatro patas, como un camello o un perro, los apalean para que empiecen a tirar hacia un lado, mientras la valija, como un camello, tira hacia el opuesto. Sí, dijo. La brutalidad. La crueldad. El horror, dijo.

La guillotina

Le dije que volviera a casa, con nuestros hijos. Todos, dije, lo esperábamos de rodillas y con una llave entre los dientes. Otra mudanza, dijo. Sí, dije, como Baudelaire. Dijo que Baudelaire vivía de mudanza en mudanza. Todos los biógrafos se ríen de las mudanzas de Baudelaire, dije. Yo no me río, dijo. Baudelaire, con un traje harapiento, traje y corbata, había arrastrado esa valija gigantesca por toda la ciudad. Por Francia y Bélgica.

Me dijo que yo no podía concebir el sufrimiento, la tortura, de arrastrar, meses y años, una de esas valijas por las calles de París. La valija negra de Baudelaire: deforme, monstruosamente grande, llena hasta el borde de llaves y abortos, demonios y rameras, dijo, de los insultos y humillaciones que había sufrido, dijo, como un perro o una mosca, insultos, dijo, humillaciones, insultos, dijo, y humillaciones, como un perro. Como menos que un perro: una mosca, dijo.

Subir las escaleras, por ejemplo. La tortura, dijo, la agonía, de arrastrar escaleras arriba una de esas valijas. Las famosas mudanzas de Baudelaire, dijo. Se rio moviendo la cabeza.

(Yo estuve, dijo, con otros abortos, entre sus llaves y sus libros, estuve boca abajo, en el fondo de la valija de Baudelaire). Pipas, guillotinas, dijo, iglesias y zapatos y trajes gastados, dijo, traje y corbata. Y rameras y tinteros, dijo.

Le cortaron la cabeza, dijo. Como a mí, dijo. Y se la cosieron al cuello del traje harapiento que llevaba en Bélgica. Pero era una cabeza muerta, hundida y verde. Un año, dijo, esa cabeza muerta, guillotizada, esa cabeza muda y sorda y ciega, mal unida al cuerpo gracias a un carnicero belga, y después a un carnicero francés que le dio algunas puntadas más, porque los franceses odian a los belgas y a los ingleses y, además, bien (y sin ayuda) pueden ocuparse de sus propios muertos-vivos, de coser a sus propios vampiros, de hilvanar los pedazos de su propia carroña. Se rio, moviendo la cabeza, mal unida al cuello con hilo negro de carnicero francés. Hilo de las colonias francesas en Oriente, dijo. Hilo negro como los argelinos y la tinta y el traje y la valija de Baudelaire, dijo. Como un argelino torturado con hilo negro. Negro como el trópico. La isla Mauricio. La isla Reunión. El viaje a Oriente de Baudelaire, dijo. Su valija casi hunde el barco. En Oriente, dijo, Baudelaire vio a los camellos y a los cocodrilos, dijo, arrastrando esas valijas monstruosas de los vendedores de hachís, alfombras, babuchas y negras. Vio a las moscas arrastrando esas valijas. A las moscas y a los perros. A los perros y a las niñas. A las niñas y a los niños, a los ciegos y los leprosos. A los tuberculosos y a los sifilíticos. Como él, dijo. Vio a los condenados de la tierra. A los malditos, como él. Vio a Rimbaud pateando a un burro manso como Nuestro Señor.

Lo perseguían: se mudaba una y otra vez. Todas las biografías de Baudelaire se ríen de sus mudanzas. Lo perseguían, dijo, noche y día. Claro, dijo, que los perseguidores se movían con demasiada lentitud. Es verdad, dije. Arrastran esas valijas con miles de llaves que los agotan enseguida; más de una vez, dijo, Baudelaire los vio, por el ojo de la cerradura, sentados en el corredor, descansando, limpiándose la frente con una manga, tratando de recuperar el aliento, a la sombra de una de esas valijas deformes. El pobre Baudelaire, dijo, ya roído por la sífilis, llegó a creer que eran vendedores ambulantes o empleados de una empresa de mudanzas. Llegó a creer que eran empleados de la empresa de mudanzas que él mismo había contratado para su propia mudanza. ¿Pero Baudelaire, nada menos que Baudelaire, dijo, podía confundir a una valija con un sillón? Eran valijas, dijo, llenas hasta arriba de llaves y más llaves. Valijas enormes, gigantescas, monstruosas. Si no lo cazaron enseguida fue gracias al azar, dije. Probaron cientos, miles, de llaves en la cerradura de su puerta. Baudelaire, atrás de una de las barricadas que había levantado en un «punto estratégico» de su apartamento, lloraba y sudaba, temblaba y lloraba, mientras las llaves rechinaban en la cerradura de su puerta. Pero, así es el azar, dijo, ninguna de las llaves, cientos, miles, pudieron abrir la puerta de Baudelaire. Hasta que, dijo, una de las llaves hizo girar la cerradura y la puerta se abrió.

Baudelaire, ya comido por la sífilis, los insultos y las humillaciones, el terror, dijo, el terror, cayó desmayado: nunca recuperó la conciencia, dijo. Como si lo hubieran decapitado, guillotinado. Una cabeza muerta en una canasta tenía más vida que la cabeza de Baudelaire, una vez que cayó atrás de la barricada. Al tercer día, vino un doctor con galera y cabeza de gallina y frac; se quitó la galera de la cabeza de gallina y se inclinó y auscultó el pecho de Baudelaire y, entre dos o tres picotazos, ya que el apartamento estaba lleno de gusanos, piojos, basura, chinches, etcétera, cacareó: —Está muerto-vivo. ¡Como si lo hubieran guillotinado, señores! ¡Por haber escrito un libro obsceno! Pero vivirá, dijo, muerto, sin cabeza, un año o dos, cuidado por su madre. Se rio, moviendo la cabeza. Como yo vivo, muerto, cuidado por mi madre. Soy tu esposa, dije. Te amo, etcétera.

Dicen que Baudelaire, en su valija, llevaba una enana negra. Las famosas perversiones de Baudelaire, dijo. Pero sólo, sólo, sólo, dijo tres veces, era una mulata de una belleza increíble: la querida Jeanne Duval. Lástima, dijo, que no fuera una enana negra. Cualquiera se hubiera enamorado de Jeanne, de sus pechos de gigante.

Los ojos de Baudelaire en las fotografías de Nadar o Carjat. Esas fotografías en blanco y negro, llenas de cuervos y murciélagos involuntarios, enlutadas, desde las que Baudelaire mira (con su largamente estudiada y aprendida «frialdad» de joven, muy viejo, *dandy*), la boca cerrada, posiblemente sin dientes, los de abajo o los de arriba, dijo, mira a la posteridad. Se rio, moviendo la cabeza. Posa, mirando con arrogancia de cuervo y murciélagos, de gato negro y ladilla, a la gloria, dijo, pobre imbécil.

Construyeron, dijo, una trampa para él, en la que sólo Baudelaire podía caer. Los demás pasaban a través de las rejas sin verlas; ni siquiera veían los granos de alpiste en el suelo de la jaula, dijo. Baudelaire, dijo, se encontró de pronto en una jaula no más grande que su cabeza: el tamaño de la Obscenidad. Y lo acusaron de Obscenidad, para cortarle la cabeza. Se rio, moviendo la cabeza. Y lo condenaron, dijo. Y tuvo que pagar una multa y arrastrar su valija.

Arrastró su valija, a cada paso más gigantesca, deforme y monstruosa, más pesada y negra, mientras lo apaleaban, fuera de la ciudad de París. Kilómetros y kilómetros, hasta las afueras de París. Baudelaire tiraba para un lado, y la valija, como una giganta, tiraba para el otro. Docenas, cientos de ejemplares de *Las flores del mal*, apretados, asfixiados, en la valija, empezaron a construir casas y puentes, diques y torres, calles e iglesias, parisinos y parisinas, mercados y ríos, adentro de la valija: a cada paso más gigantesca, deforme y monstruosa, más pesada y negra... Fuera de la ciudad de París, en la campiña francesa, un Baudelaire desnudo y lengua afuera, recibió otro palazo y la orden de juntar leña francesa.

Así, en la campiña francesa, mientras lo apaleaban, como a uno de esos perros flacos (o camellos o moscas o leprosos) que tiran de las valijas de los perseguidores, mientras lo cubrían de insultos y salivazos, Baudelaire hizo una pila de leña francesa grande como una montaña francesa y puso encima una montaña de libros, todos los ejemplares de *Las flores del mal*, y los roció con un «líquido combustible» (los biógrafos disienten) y puso fuego a la obra de su vida. Como yo hice cenizas la obra de mi vida, dijo. Sólo humo, dijo. Y Baudelaire se apartó y «lloró amargamente».

Porque la Obscenidad, dijo, se castiga en Francia con la guillotina. Pero como el obsceno sólo era un vagabundo con un traje harapiento, traje y corbata que le habían arrancado por el camino los perseguidores y sus perros, fueron clementes y lo dejaron vivo, solo, desnudo, maltrecho, sangrante, en las afueras de París.

Baudelaire miró la última voluta de humo y lloró amargamente. Lloró amargamente. Y empezó a nevar en la campiña francesa. Entonces, se dejó caer y se abrazó las rodillas. Y hundió la cabeza en el pecho y cerró los ojos...

Baudelaire, dijo, se envolvió en ese largo apéndice, más pesado que él, en ese largo y rosado apéndice que le salía de la cabeza, para que la nieve del invierno francés no lo matara, y se durmió. Lo despertó una ramera, bella como la luna, a las tres de la mañana; era una joven ramera a la que Baudelaire había frecuentado en agosto. Lo despertó suavemente, tímidamente, para decirle que estaba desnuda y tenía frío. Y que tenía hambre. Y que tenía miedo. Y sífilis, dijo. Baudelaire desenroscó el apéndice que lo envolvía como una serpiente rosada y buena, y le dijo a la ramera que se apretara contra él, que su apéndice alcanzaba para envolver a los dos malditos. La ramera lloró y lo estrechó contra su pecho; mientras tanto, el apéndice, ese apéndice que le salía de la cabeza, los envolvía como una serpiente rosada y buena.

Al día siguiente, la ramera, ya que además de joven y bella, era una ramera agradecida, cargó todo el camino a Baudelaire, escondido en el fondo de la valija, hasta la ciudad de París. Como las sirvientas cargan a sus abortos (hijos de sus amos o de los hijos de sus amos) para tirarlos a la basura en los tachos de basura de París, la ramera agradecida cargó a Baudelaire hasta el apartamento de Baudelaire.

Las supuestas abominaciones que Baudelaire y la joven y hermosa ramera llevaron a cabo en el apartamento de Baudelaire, dijo, los actos bestiales (acompañados por los gritos de júbilo de la joven y hermosa ramera), fueron documentados gracias a la portera, vieja como la muerte, que dio «noticia de los mismos en la gendarmería» de la Rue de Nerval. No hay duda de que Baudelaire y la ramera agradecida vivieron alegre y felizmente porque los gendarmes franceses saben de amor y no los arrestaron (Francia es la patria del amor), a juzgar por los gritos de júbilo de la joven y hermosa ramera, hasta que la joven y hermosa ramera fue degollada, no guillotizada, degollada por unos ladrones cuando iba a comprar una botella de vino tinto para Baudelaire en la Rue de Nerval.

Hay una anécdota, dijo. Cuando la exseñora de Baudelaire, la madre de los recuerdos y de Baudelaire, la Giganta, lo traicionó para volver a casarse y traicionarlo, traicionarlo, traicionarlo, dijo tres veces, Baudelaire niño, ante la traición de su madre, la traición, la traición, encerró al flamante matrimonio en la cámara nupcial y, dijo, hizo desaparecer la llave. Una noche de bodas muy curiosa, dijo. Baudelaire arrastró su valija, repleta de llaves, hasta la puerta de la cámara, puerta y guillotina, dijo, y buscó entre cientos y miles de llaves la que pudiera encerrar a Caroline y al Coronel Aupick. No la encontró, dije.

Cientos, miles, de llaves fueron probadas y vueltas a tirar en la valija de Baudelaire. Lo que pueden abrir. Lo que pueden cerrar. Lo que pueden liberar, dijo. Y, dijo, lo que pueden encerrar: la traición de la Giganta, condenada a morir de hambre (junto al coronel Aupick) por el niño Baudelaire, por el enano flaco y lloricon y verde que vio a su madre convertida en araña como si la puerta se hubiera convertido en una telaraña y él estuviera preso, y esperando la muerte, en el centro. O, dije, como si la puerta estuviera abierta.

Baudelaire, dijo, murió esa noche. Un muerto-vivo, dijo, cuarenta años de sobra por delante. Ya no creció, dijo, un solo milímetro: hubo que nombrar a un notario, al bueno de Ancelle, como tutor y administrador de los bienes del niño, porque Baudelaire nunca llegó a la mayoría de edad y a los 20, 30, 40 años, se atiborraba de golosinas negras para vomitarlas todas las noches, como todos los niños, en un tintero gigantesco, como una valija, hasta que a los 46 años el último vómito le arrancó la lengua, la lengua francesa, y pudo al fin morir.

Pero, antes de la muerte, de la guillotina, Baudelaire osó presentar su candidatura a la Academia de Francia. Uno de los capítulos más cómicos de la biografía de Baudelaire, dijo. El multado, dijo, por «ultraje a la moral pública y a las buenas costumbres». El Obsceno. El Inmundo, dijo. Imagínense, dijo, por un instante, al Ignorado Baudelaire (porque nadie lo conocía, lo reconocía, dijo, en los altos círculos de la poesía francesa), instalado, como un enano verde, instalado en uno de los altos sillones de la Academia, al lado de los inmortales, dijo. Instalado no, dijo. Imagínense a Baudelaire trepando, como un trepador, abrazado a una de las patas de uno de los altos sillones de la Academia de Francia.

Osó presentar su candidatura, dijo. Todos se reían a sus espaldas, desde los académicos a los periodistas. Sus amigos, además de reírse a sus espaldas, lo convencieron de retirarla. Baudelaire, llorando de vergüenza, la humillación, dijo, la humillación, después de oír toda la noche las risas, las carcajadas de los murciélagos y los búhos, la retiró.

Sainte-Beuve, el famoso crítico, quiso consolarlo diciéndole que lo habían llamado «poeta», dijo. ¿O se lo dijo, dijo, a propósito del juicio por obscenidad? Se rio, moviendo la cabeza. Baudelaire, dijo, Baudelaire, dijo, adulando, dijo, abanicando a Víctor Hugo, ese histrión, y a Sainte-Beuve, ese imbécil, para que lo ayudaran a treparse a la Academia de Francia. Se rio, moviendo la cabeza. ¿Qué lo movió, dijo, moviendo la cabeza, al ridículo, a presentar esa candidatura ridícula? El Diablo es quien maneja los hilos que nos mueven...

Ángel de gozo lleno, ¿sabes lo que es la angustia,
la vergüenza, el remordimiento, los dolores,
de esas horribles noches cuyos vagos terrores
el corazón oprimen como una seda mustia?

Ángel de gozo lleno, ¿sabes lo que es la angustia?

Ángel de bondad lleno, ¿sabes lo que es el odio,
los puños que se crispan, las lágrimas mortales,
cuando alza la Venganza sus voces infernales
y se hace Capitana de nuestro territorio?

Ángel de bondad lleno, ¿sabes lo que es el odio?

Baudelaire, dijo, vio a un ángel. A un ángel desnudo y alado. Salía del burdel de *Madame X*, cuando el ángel se presentó frente a Baudelaire. Los ángeles son repelentes, pero Baudelaire no apartó la cara. No, dijo. Baudelaire lo miró y, de rodillas, le pidió que rogara por su alma sucia y pecadora. Baudelaire sólo le pidió al ángel, lleno de gozo, sus plegarias. Los ángeles son repelentes. Imagínense, dijo, una cara sin las arrugas de la mezquindad, la codicia, el odio, etcétera, etcétera. Sin las huellas del frío, el hambre, el abandono, etcétera, dijo. Sin las grietas de la envidia, etcétera. La cara de un ángel es tan monstruosa y repelente, tan inhumana, dijo, inhumana, inhumana, como la de una comadreja o una mosca.

El microbio de la sífilis, aunque Pasteur todavía no había descubierto los microbios y la luz eléctrica (y la ciudad se alumbraba con faroles de gas que le daban a *Notre Dame* ese aspecto misterioso y amenazador, con sus torres almenadas y sus gárgolas de hocicos bestiales, asquerosos) se paseaba con Baudelaire en un carruaje tirado por un caballo flaco y tembloroso, un caballo típicamente parisino, por las calles del París nocturno. El microbio de la sífilis también se paseaba con las ramera que, enseñando los pechos desnudos, iban de un farol a gas, ese otro gran invento de Pasteur, a otro en busca del primer cliente de la noche. El microbio de la sífilis, negro y filiforme, se paseaba de un cuerpo a otro, ya a la sombra de Notre Dame, ya en los rincones más oscuros de la Calle de la Sífilis, por la que Baudelaire esa noche estaba paseando, y paseando al microbio de la sífilis, en busca de una muchacha a la que había conocido en uno de los más lujosos burdeles parisinos, el de *Madame X*, hasta que las manchas negras de la sífilis expulsaron a la muchacha a la Calle de la Sífilis.

Era una muchacha, de cabello castaño y ojos dorados, de unos 16 años, de rostro pequeño y delicado, pero dueña de un cuerpo extraordinariamente opulento y blanco como la leche. Baudelaire, finalmente, vio los enormes pechos al descubierto, todavía sin manchas, el vestido andrajoso, los pies descalzos, las manos sucias, la cara golpeada por un cliente brutal, los ojos dorados y húmedos, a causa del llanto (o, todavía Pasteur no había descubierto los microbios, al microbio de la conjuntivitis).

El barro de París, según Baudelaire, dijo, está hecho con «nuestros viles llantos». Es un barro de lágrimas, dijo. Viles, dijo. Lágrimas viles, dijo, porque su arrepentimiento era tan pasajero como sus lágrimas de arrepentimiento, tan pasajero como el microbio de la sífilis que se paseaba como en su casa por el cuerpo de Baudelaire. El microbio de la sífilis es un pasajero, como el microbio de la tuberculosis o el microbio del cáncer o el microbio de la conjuntivitis, descubiertos por Pasteur.

Dicho esto, dijo, debo agregar que el microbio de la sífilis de Baudelaire era un pasajero, un viajante, más pasajero que un turista. Más que un explorador. El microbio de Baudelaire vivía, por decirlo así, de viaje en viaje. No es que fuera muy lejos, dijo. Nunca salía de París. Más que viajar, se mudaba. Vivía de mudanza en mudanza. El microbio de Baudelaire, idéntico a Baudelaire, pero diminuto, microscópico, siempre desasosegado, como si lo persiguieran, siempre estaba mudándose y arrastrando su valija de un lado a otro: del corazón al cerebro, del pulmón derecho a la vejiga, del hígado al riñón izquierdo, etcétera, etcétera. Se rio, moviendo la cabeza. ¿Que lo movía, dijo, moviendo la cabeza, a moverse constantemente? El Diablo es quien maneja los hilos que nos mueven... Sí. Pero ¿qué movía al Diablo a mover al microbio de Baudelaire? La inquietud. La insatisfacción. El tedio. El microbio de Baudelaire, angustiado, enfermo, desesperado, como el propio Baudelaire, escribía un poema o dos y se mudaba, traducía a Poe o a De Quincey y se mudaba, del intestino grueso al intestino delgado, del páncreas a la médula, del estómago al colon, etcétera, dijo. Sin rameras, sin tabaco, sin vino o hachís, encontrándose a cada paso con otros microbios de la sífilis, idénticos a él mismo y a Baudelaire, todos arrastrando sus valijas gigantescas, y sin amigos, Vigny, Gautier, sus amados gatos, sin Caroline, etcétera, nuestro microbio cayó en la más profunda de las melancolías. Pasaba el día y la noche, aunque dentro del cuerpo de Baudelaire no había ni siquiera día, ni siquiera noche, tirado, con una pipa vacía en la boca, soñando patíbulos, dijo, y guillotinas.

(Mientras tanto, afuera del cuerpo de Baudelaire, el barro de París, hecho con «nuestros viles llantos», ensuciaba los zapatos de las rameras y salpicaba, al paso de los carruajes, los pies desnudos de las rameras de la Calle de la Sífilis. Y los zapatos embarrados de las rameras, y los pies descalzos de las rameras de la Calle de la Sífilis, entraban y ensuciaban de barro los pisos de las tabaquerías y las vinerías más infames, a donde eran invitadas por sus clientes a echar un trago o a fumar una pipa con sus bocas ya desdentadas por el microbio de la piorrea, ya desdentadas y calvas, a los 14 años, por la mala vida y todos los microbios que habían encontrado en París su, dijo, capital. Ciudad oscura y sucia por naturaleza, dijo, ciudad pantano, ciudad nacida para hundirse en el barro hecho con los «viles llantos» de los parisinos, dijo, esos puercos burgueses parisinos que siempre estaban en los burdeles, dijo, multando a Baudelaire o manoseando a las criadas a espaldas de las señoras o declamando a Víctor Hugo en las fechas patrias o comiendo butifarra como el Padre Ubú o, dijo, no bañándose. Después, Pasteur inventó el baño, los microbios y la luz eléctrica y París se transformó en la Ciudad Luz.

El «aquí» baudeleriano, exilio de un allá ideal, feliz, puro, etcétera, dijo, etcétera, el «aquí» nunca fue otra cosa que la expulsión de la Gran Valija, dijo. Se rio, moviendo la cabeza. La valija primigenia de la que fue expulsado Baudelaire fue el seno materno: el hospitalario útero de la Giganta, que Baudelaire se vio condenado a arrastrar en cada una de sus incontables mudanzas. Baudelaire tiraba para un lado y la valija, como una Giganta o un camello, tiraba para el otro. Esto, dijo, según la interpretación psicoanalítica de algunos, dijo, la mayoría de los biógrafos, dijo. Opino, dijo, simplemente, que el «aquí» es la mugre, típicamente francesa, la más insalubre y hedionda del planeta, dijo, la mugre parisina en particular y la mugre francesa en general, de la que Baudelaire quería fugarse navegando hacia un país donde el baño fuera, al menos, una práctica semanal. Otros estudiosos de Baudelaire sostienen que el «aquí» terrestre y aburrido, debe contraponerse a un «allá» celestial y en permanente movimiento giratorio alrededor del Altísimo, dijo. Otros expertos, por fin, aseguran que el «aquí», reino infernal de la naturaleza, la mujer y la lujuria, es el opuesto a un «allá» que, lejos de residir en el pasado, cruelmente gobernado por Las Madres y, entre ellas, Caroline, dijo, un «allá» desconocido, ignoto, porque es futuro, dijo, pero que al menos permite alentar la esperanza de verse libre del reinado de Las Madres o, mejor dicho, dijo, de Las Valijas, porque Las Madres son Las Valijas que, de mudanza en mudanza, uno debe arrastrar por las calles de París. Valijas gigantescas, deformes, monstruosas. Uno tira hacia un «allá», y la valija (como una Giganta) tira hacia un «aquí» de abandono, soledad, insultos, humillaciones, dijo, y guillotinas.

dicho esto dijo debo agregar dijo que la necesidad más fuerte de la especie humana dijo es humillar a los demás dijo su bajeza los abrume tanto que necesitan constantemente dijo constantemente ver a alguien por debajo de ellos dijo a los mejores dijo a jesucristo dijo y a baudelaire dijo se rio moviendo la cabeza a artigas a van gogh dijo y a mí mismo dijo necesitan verme por debajo de ellos como dijo si fuera una mosca o un perro o un cocodrilo ciego y apaleado dijo recién nacido dijo a los más indefensos dijo a los más inofensivos eligen a los más enfermos a los más buenos etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, dijo los odian los guillotinan los echan los apalean a los locos a los sordomudos a los mancos a los jorobados a los santos dijo a los enanos a los moribundos a los borrachos a los epilépticos a los rengos dicho esto dijo debo agregar que eligen sobre todo a los niños dijo

Sobre el «aquí» baudeleriano hay un misterio, dijo. Hay un misterio, dijo tres veces, que debe ser resuelto «aquí y ahora», dijo, «aquí» y ahora, aquí y «ahora», dijo tres veces.

Otro capítulo hilarante, dijo, muy disfrutado por los biógrafos de Baudelaire y sus lectores, dijo, lectores de biografías, mirones, *voyeurs*, el ojo de la cerradura, dijo, relata los pormenores del ciclo de conferencias que pronunció en Bélgica, huyendo de los parisinos en particular y de Francia en general donde siempre, dijo, lo humillaban y lo ponían en ridículo: frente a su madre.

Tres conferencias, dijo. En la segunda, atestigua un testigo, había solamente unas veinte personas que, rápidamente, fueron dos. Baudelaire siguió conferenciando, hablando solo, como quien dice, dijo, hasta que los dos oyentes también se retiraron, pero Baudelaire siguió hablando solo un largo rato, imperturbable por fuera, ya que un *dandy* jamás pierde la sangre fría, destrozado, llorando por la humillación, dijo, la vergüenza, la vergüenza por dentro, siguió imperturbable hablando solo e, incluso, finalizada la perorata, sí, mientras el bedel se llevaba la única lámpara, saludó a la invisible concurrencia, inclinándose tres veces como si lo estuvieran ovacionando. La tercera conferencia, tercera y última, porque las siguientes fueron suspendidas, fue peor, más humillante y ridícula. Todos los biógrafos se ríen del «ciclo de conferencias» de Baudelaire. Yo no me río, dijo, porque hay un misterio que debe ser resuelto, aquí y ahora. Si nadie estaba en la segunda conferencia de Baudelaire, si la sala estaba completamente vacía, como no se cansan de repetir los biógrafos, completamente desierta, el testigo, el señor Lemmonier, escritor belga, ¿era invisible o, mejor dicho, era una alucinación de Baudelaire? En tal caso, si nadie estaba mirando y escuchando la conferencia de Baudelaire, ¿gracias a qué presencia sabemos hasta los más «nimos detalles» de la conferencia: las veinte personas, las dos personas y, finalmente, la sala completamente vacía, absolutamente desierta? Se me dirá, dijo, que Lemmonier era invisible o, en otras palabras, un fantasma. O, ya que estamos, dijo, se me dirá que Lemmonier estaba sentado al fondo y en la penumbra y que, modesto, humilde, considerándose insignificante frente al gran Baudelaire, insignificante, inexistente, atestiguó que la sala estaba vacía, desierta, después que las veinte personas, que las dos, se retiraron, ya que el bueno de Lemmonier, por humildad, prefirió no incluirse, en su testimonio, como persona. Tal vez, tal vez, dijo, porque el bueno de Lemmonier, el humilde de Lemmonier, no era una persona.

Era el Demonio, invisible, aunque se había sentado en la primera fila, y después en otros asientos, para gozar del espectáculo, de la humillación de Baudelaire, y dejar testimonio de los detalles: el bedel que se lleva la única lámpara, por ejemplo. La sala desierta, por ejemplo. Baudelaire hablando solo, por ejemplo. Cuanto más hacía el ridículo Baudelaire, más gozaba el Demonio, invisible, y más se reía, inaudible, de los ademanes y morisquetas de Baudelaire: su payaso.

El bedel, antes de llevarse la única lámpara, interrumpió la conferencia, y escribió en el pizarrón: $1 \neq 1$, mirando severamente a Baudelaire, severa y amenazadoramente, dijo. Baudelaire tenía la respuesta en la punta de la lengua. Corrían los segundos, los minutos, los cuartos de hora; Baudelaire tenía la respuesta en la punta de la lengua. Corrían las horas, los días. Baudelaire tenía la respuesta en la punta de la lengua. Se trata, dijo, de la clásica pesadilla de examen, tan conocida por los psicoanalistas. Corrían los meses, los años. Baudelaire, ya próximo a la muerte, tenía la respuesta en la punta de la lengua. El bedel, con su vieja y sucia túnica de maestro, le dio un coscorrón. Baudelaire chilló. Otro coscorrón. Otro chillido. Etcétera, dijo. Se rio, moviendo la cabeza.

George Sand, vestida de hombre, galera y frac, famosa escritora («estilo corriente, caro a los burgueses») estaba en la cama con Chopin, polaco lascivo y tuberculoso que pasó a la historia de la chismografía, no como uno de los grandes compositores de la historia de la música y un patriota polaco, sino como amante de George Sand.

Chopin: ese polaco libidinoso que vivía contagiando a sus amantes con el microbio de la tuberculosis porque, cuanto más enfermo y roto y consumido, más se entregaba a las prácticas aberrantes con: damas de la alta sociedad, sirvientas, monjas, panaderas, encajeras, lavanderas, tullidas (siempre que fueran «bonitas de cara») y ramerías, dijo, por lo que a menudo se cruzaba con nuestro poeta en los burdeles y demás antros del vicio en el Barrio de la Sífilis, la Tuberculosis y la Gonorrea.

George Sand, famosa escritora francesa, («estilo corriente, caro a los burgueses») a quien Baudelaire odiaba, precursora del feminismo, ya que se vestía como un hombre y fumaba cigarrillos negros en público, George Sand, dijo, con las manos en los bolsillos de sus pantalones negros, un cigarrillo en la boca, la galera inclinada hacia la izquierda, vio a Baudelaire que, roído por el microbio de la sífilis o borracho o intoxicado por el opio, zigzagueaba hacia ella por la Rue Anatole France. Para eludirlo, ya que George creía en el Progreso y Baudelaire creía en el Demonio, dijo, y a veces no creía, nadie sabe en lo que creía Baudelaire, ni siquiera los biógrafos, excepto los charlatanes, y no todos, George Sand, dijo, para eludirlo, se lanzó puertas adentro del burdel de *Madame X* y vio a Chopin entrando a una de las habitaciones, seguido por cuatro rameras y un enano negro disfrazado de paje que hacía chasquear su látigo en el aire y apuraba, insultaba, a las pobres y bellas rameras.

George, pionera del feminismo, se presentó frente a *Madame X* (la bella y elegantísima *Madame X* que también fumaba cigarrillos en público, dijo, pero que se vestía de mujer y con unos escotes tan impúdicos que la propia George Sand, turbada, miró la alfombra persa) y gritó:

—¡Usted trata a sus empleadas como si fueran vacas!

Madame X levantó una ceja, sonrió lánguidamente, etcétera, y dijo:

—Usted cree en el Progreso. Le aseguro que en el siglo XXI, no sólo las rameras, sino todas las mujeres, serán tratadas peor: como basura. Todas las mujeres, no como vacas, sino como basura. Todas las mujeres y todos los hombres, George, menos los ricos («comerciante, es decir, ladrón»), serán tratados como basura, según dice el poeta, mi querido amigo, Charles Baudelaire. Los científicos, Pasteur y algunos otros, descubrirán los microbios y los antibióticos, pero todos los hombres y todas las mujeres serán convertidos en basura (lea el «Gran ensayo sobre la suciedad» de Christian Enzensberger), excepto nosotros: los ricos. Porque, George, soy muy rica.

—¡Reaccionaria! —dijo George—. ¡Fascista! ¡Usted es peor que... Baudelaire!

—El pobre Charles es pobre, es decir, es basura. Pero yo tengo influencia en la corte y sólidas inversiones en la industria y el comercio. Yo soy el Progreso, dijo. Si Charles habla conmigo, en lugar de escupirme, como escupe al Progreso, es porque admira mi escote y tenemos algo, algo muy importante, vital, en común: la sífilis. Por otro lado, admiro sus versos corrompidos como esos que dedica a las lesbianas, porque las mujeres no me repugnan y los animales, de uno u otro sexo, tampoco. El pobre Charles dice que, por culpa del Progreso, ya no somos capaces de reconocer el Mal. Y, en mi caso, dijo, tiene razón. ¿Es mala la industria? ¿Es mala la zoofilia? No lo sé. Me hacen bien ambas, y eso me alcanza y sobra. La industria me enriquece. La zoofilia me hace gozar. ¡Basta de moralina, George, basta de supersticiones! Está bien lo que nos hace sentir bien, George. El Mal, junto con el agua bendita y el miriñaque, pasó de moda y no sólo, dijo, por la temporada. Ahora, y por milenios, reina el Progreso. Mi esposo y heredero, el Barón de Malassis, junto a nuestro hijo adoptivo, su amante, me espera en casa. Su amigo Chopin, ahora mismo, está bebiendo un ajenjo y tosiendo sus microbios sobre el pecho de una de mis chicas, en la sala. Espero que Pasteur descubra los microbios y la forma de matarlos, antes de que los microbios maten a su Chopin y a mis chicas, contagiadas por él: polaco de mierda.

George, hecha una Furia, pero consciente del poder de *Madame X* en los altos círculos de la política, la economía, y el arte oficial, se calló y se fue en busca de Chopin porque según creía (Pasteur no había descubierto los microbios) el polaco de mierda estaba muy resfriado y era mejor que se lo llevara a casa antes de que cayeran las primeras nieves en la Rue Ancelle.

La niña, con aquel gracioso sombrerito rojo, adornado con una pluma azul, bostezó una, dos, tres veces. Le prestó el sombrerito a un caballero gordo, de patillas blancas, que no dudó en ponérselo sobre la calva. Así, de cabeza en cabeza, el sombrerito fue adornando a toda la concurrencia, mientras Baudelaire peroraba, dijo. Se rio, moviendo la cabeza.

Uno de los oyentes, ventrílocuo, llevaba en brazos su muñeco. Un muñeco demasiado parecido, si no idéntico, a una caricatura del propio Baudelaire. Aburrido, el ventrílocuo, hombre gordo y muy bajo, además de calvo, introdujo la mano izquierda en la espalda de su muñeco y, sin malicia, sólo para entretenerse a sí mismo y a la niña, el muñeco se lanzó a parodiar los ademanes del propio Baudelaire. El ventrílocuo, dijo, estaba sentado en la primera fila, a la izquierda de la niña. La parodia o imitación era tan exacta, que el propio Baudelaire empezó a imitar al muñeco. Si el muñeco saltaba, el propio Baudelaire saltaba. Si el muñeco se sonaba las narices, el propio Baudelaire se sonaba las narices, tan ruidosamente como el muñeco. Si el muñeco se rascaba el trasero o la entrepierna, el propio Baudelaire se rascaba el trasero o la entrepierna, etcétera, etcétera, y el público estaba tan entretenido que el propio Baudelaire, además de los organizadores de la conferencia, pensó que estaba frente a un éxito.

No, dijo. Lamentablemente, el ventrílocuo, que había entrado a la conferencia para hacer tiempo, ya que tenía una función a tres cuadas de la sala de conferencias, se despidió de la niña con un guiño del muñeco y, sin ceremonias, abandonó la sala, dando ejemplo a media docena de caballeros que también abandonaron la sala «sin ceremonias de ninguna clase», porque también habían entrado a la sala para hacer tiempo o por casualidad. El propio Baudelaire, atontado por el repentino fracaso en que se había convertido el éxito, el único éxito de su vida, traspapeló sus apuntes, y empezó a repetirse de una manera tan escandalosa, porque estaba repitiendo lo que había dicho horas atrás, al principio de la conferencia, que tres oyentes, dos mujeres y un hombre, abandonaron la sala «pisando fuerte» y «dando otras ruidosas muestras de descontento». Una de las dos mujeres, dijo, evidentemente una profesora de inglés, esa misma noche le comentó a su marido que había visto a un francés acariciándose el trasero y la entrepierna, llamado Baudelaire, esa noche, dijo, empezó otra de esas leyendas negras que toda la vida persiguieron a Baudelaire: el obsceno, el degenerado, el inmundo Baudelaire. El propio Baudelaire, acorralado por uno de esos consejos de familia que lo torturaron desde su lamentado nacimiento, lamentado, dijo, por los consejos de familia y el propio Baudelaire, reconoció que se había sonado las narices de forma grosera, por lo que el consejo de familia, presidido por su madre, lo mandó a la cama sin cenar.

Según los diferentes biógrafos, Baudelaire dictó tres, cinco u ocho conferencias en Bélgica. El Demonio y su cerebro, roído por la sífilis, de pronto llenaban la sala de atentos oyentes, de pronto la vaciaban para llenarla otra vez, cada veinte o treinta segundos, dijo. Un momento, a sala llena. Quince segundos después, a sala vacía. Baudelaire, imperturbable por fuera, como un buen *dandy*, estaba con los nervios destrozados frente a esa sala que se vaciaba y se llenaba, como por arte de magia, artimañas del Demonio o de su cerebro, roído por la sífilis, como si la concurrencia pudiera hacerse visible o invisible a voluntad. Al principio, de su octava conferencia, porque era la octava, los asistentes reaparecían en sus respectivos asientos, dijo. Los de la primera fila en la primera fila. Los de la segunda fila en la segunda, dijo, etcétera. Después, todos los oyentes de la primera fila reaparecían en la segunda fila de asientos. Y los de la segunda fila de asientos reaparecían en la primera fila. A medida que avanzaba la conferencia, el juego del Demonio se hizo más desconcertante. Los de la primera fila en la cuarta, los de la séptima fila en la primera, etcétera. Una vieja con un sombrerito rojo, con una pluma azul, fue su punto de referencia. El sombrerito saltaba de una fila a otra, con la vieja abajo, en forma completamente aleatoria... Luego, fue una niña la dueña del sombrerito que saltaba, como una cruz de alimaña y pájaro, de una cabeza a otra. Después, la sala vacía. Enseguida, la sala llena y el sombrerito en la cabeza del bedel que, dijo, sin razón alguna, abría y cerraba la puerta de la habitación cada tres o cuatro minutos. Baudelaire, con los nervios de punta, devastado, creyéndose a unos tres o cuatro minutos del desmayo, casi se veía despatarrado en el piso de la sala, mientras sus apuntes que habían volado de sus manos lo sobrevolaban, planeaban lentamente, como avioncitos de papel, sobre el cuerpo de Baudelaire que, como un títere con los hilos cortados por el Demonio, estaba derrumbado en el suelo, no muy limpio, de la sala de conferencias. Pero, vencida esta alucinación, siguió hablando solo en la sala oscura, vacía, dijo, oscura porque el bedel ya se había llevado la única lámpara y vacía porque tal vez, dijo, siempre había estado vacía: desde el inicio mismo de la octava y última conferencia. Una bola de papel, lanzada desde la izquierda, le acertó en plena cara. Baudelaire, imperturbable, siguió hablando frente a la nutrida, a veces, y a veces inexistente, concurrencia. Otra bola de papel en el pecho. Inexpresivo, imperturbable, se agachó a recogerla y la volvió a su estado original, es decir, la alisó con la palma de la mano sobre el escritorio que, rengu y cubierto de rasguños e inscripciones insultantes, porque sin duda era un escritorio sacado de un aula escolar o liceal, arrastrado lenta y ruidosamente por el bedel, un hombrecito gordo y calvo, mal afeitado y con una túnica escandalosamente sucia, arrastrado por el bedel en mitad de un pasaje esencial de la conferencia, cuyo remate no pudo ser oído por los oyentes, dijo, Baudelaire alisó la hoja y vio que era la página 47 de *Las flores del mal*, primera edición. Como estaba de espaldas al público no pudo ver quiénes, desde diferentes puntos de la sala, le tiraron más bolas de papel, una docena, por lo menos, flechas de papel, algunas encendidas, trozos de tiza, muchos, tiza blanca y tiza de colores, con menor o mayor puntería. Al volverse, sorprendió al bedel con un brazo en alto y una tiza roja entre los dedos, gordos, índice y pulgar. El bedel carraspeó y guardó la tiza en uno de los mugrientos bolsillos de su túnica y se dirigió al escritorio, recién traído, para llevárselo, arrastrándolo lenta y ruidosamente, mientras Baudelaire leía el mejor párrafo de su octava conferencia, que nadie pudo escuchar. Frente a la sala, ahora vacía, pero enseguida llena, imperturbable por fuera, llorando lágrimas de tinta por dentro, lágrimas negras como su vida, el pobre Baudelaire siguió hablando solo: con una línea gruesa de tiza blanca en la frente y de tizas de colores en el irreprochable traje negro. Con los nervios deshechos, con manos temblorosas sosteniendo papeles temblorosos, con un hilito de voz quebrada, pero inexpresivo, imperturbable, siguió oficiando la misa. El traje se había convertido en una sotana, aún más negra, de ser posible, que el traje, y la sala de conferencias se había

transformado en una iglesia en Namur, Bélgica. Había pocos fieles; un hombrecito gordo y calvo, una vieja con un sombrero rojo adornado con una pluma azul, una niña que hablaba con su muñeco, etcétera, etcétera, la Virgen María con un niño de pecho en brazos, tal vez uno de los hermanos de Jesucristo, el coronel Aupick y Caroline, *Madame X* y una de sus pupilas más jóvenes, etcétera. Se desplomó. Ya no podrá hablar más, dijo. Nunca recuperó el uso de la palabra, dijo. Mudo, idiota, cuidado por su madre, vivirá un año o mil, decapitado, acostado, la cabeza mal unida al resto, hasta el 31 de agosto de 1867.

Pero, antes de la muerte, de la guillotina, dijo, tengo que decirlo: Baudelaire odiaba Bélgica, una mala copia de la odiada Francia, una pésima y ridícula imitación, dijo, una payasada. Sebald anotó que, en ningún otro país, había visto tal cantidad de enanos como en Bélgica. Tal cantidad de personas deformes, grotescas y ridículamente monstruosas como en Bélgica. Fenómenos de circo. Una payasada, una imitación infinitamente ridícula de Francia: la Francia ridícula y sucia, dijo, sucia, sucia Francia, dijo tres veces, por naturaleza. Una cloaca Francia y la parodia de una cloaca, dijo, Bélgica. Sebald atribuía tal cantidad de monstruos al colonialismo, como si los descendientes de los colonialistas tuvieran que pagar, ya que el colonialismo belga fue especialmente malvado, la malvada codicia de sus ascendientes belgas, dijo. Lo que es una idea, dijo, tan bella como absurda: los hijos de los franceses, siguiendo a Sebald, tendrían que ser idénticos a las sanguijuelas. Los franceses en particular y los europeos en general, dijo. La verdadera razón de la fealdad moral y física de los belgas, se debe a la muerte, dijo, de Charles Baudelaire, dijo. Si los franceses, para su condenación, echaron a Baudelaire, los belgas... El Altísimo, dijo, miró al pobre Baudelaire y, lleno de ira por la injusticia cometida, especialmente por la multa, injusticia que, dijo, nunca lleva a las almas por el camino del bien, sino que, dijo, las incita a internarse en la senda del mal, para alegría y beneficio del Demonio, su enemigo, dijo, la multa especialmente, dijo, lo sacaba de quicio. El Altísimo hizo a un lado a los franceses de un manotazo, para darle la oportunidad a los belgas de embellecer los últimos días del poeta que, tal vez, mareado por la alegría de verse, al fin, aplaudido, tal vez, pensó El Altísimo, atontado por el repentino embellecimiento de sus últimos días, los premios, las ovaciones, el sillón de la Academia de Bélgica, tal vez, pensó El Altísimo, el embellecimiento de sus mañanas, el embellecimiento de sus tardes y el embellecimiento, belga, de sus noches, vuelque a Baudelaire hacia mi bando. Y me dedique, arrodillado, su último poema, dijo, y redimido vuele hasta mis brazos; sí, que ese perdedor de mierda, mal perdedor como fue mal arcángel, chille y se revuelque en las brasas del infierno por la frustración de haber perdido el alma de Baudelaire y los diez dólares que apostamos.

Las Madres, y entre ellas Caroline, Las Terribles Madres, Caroline, la Presidenta, Marie Daubrun, y algunos tíos y otros parientes, reunidos en un consejo de familia, dijo, esa institución de la época baudeleriana, decidieron que Baudelaire era despilfarrador e irresponsable como un niño y, dijo, por lo tanto, incapaz de administrar la herencia paterna; también, dijo, el consejo de familia, dirigido por las Terribles Madres, decidió que Baudelaire contrajera el microbio de la sífilis, dictara entre tres y nueve conferencias en Bélgica y se desmayara en una iglesia belga, para ya nunca recuperar el uso de la palabra y morir, convertido en un idiota, no mucho después. Las Madres, terribles, mientras se hablaba del futuro de Baudelaire, con Baudelaire de pie y mirando el suelo en el centro de la habitación, dijo, tejían y bordaban, entre orden y orden, dijo, entre sentencia y sentencia, bordaban y tejían, hilaban como las Parcas, mientras Caroline, tijera en mano, miraba el hilo de seda que corría entre sus dedos o, mejor dicho, dijo, que se arrastraba entre sus dedos con la lentitud de un gusano. Las Madres, para finalizar el consejo de familia, le ordenaron a Baudelaire que fuera a cenar a la cocina.

—Sin postre —dijo el tío François, para congraciarse con las madres, porque él también era hijo.

—Sin postre —repitió Caroline o la Presidenta.

Epílogo

Nací a los seis meses, dijo. Ella me expulsó de la valija, dijo. Me pusieron en una incubadora: con los ojos abiertos y clavados en los ojos de la valija, yo, el aborto, expulsado de la valija, miraba el cuero, el cierre que me había expulsado para cerrarse enseguida como una puerta, dijo. Puerta cerrada, dijo. Las Madres, dijo, las Madres Terribles, del otro lado del vidrio, señalaban a sus hijos y hablaban sin parar como loras grises, picos ensangrentados: yo, a través del vidrio de la incubadora, y a través del vidrio que separaba a las Madres de los hijos, escuchaba sus planes horribles. A ese gordo, entre risitas y cuchicheos, a ese gordo nacido a los nueve meses y, por lo tanto sin incubadora, en una cuna gris y con un rebozo gordo y celeste, ya su Madre lo estaba condenando, entre risitas y cuchicheos, entre risotadas y alaridos, con la felicitación de todas la Madres, a la obesidad y al ridículo, a la timidez, la humillación, dijo, la soledad, el suicidio a los 37 años, sentenció su Madre, dijo, se tirará por la ventana de un octavo piso.

Al que estaba a mi izquierda, a la izquierda de la incubadora, su Madre, en cambio, ya lo había condenado a la locura, dijo. A mí también, dijo, la Madre me condenó a la locura; pero, con un monstruo, todo es más inseguro. Más peligroso, dijo. Hasta las Madres dudan y tiemblan, dijo, frente a los monstruos, dijo. El que estaba a mi derecha, según la Madre, sería un ladrón, pero ella lo perdonaría una y otra vez, dijo, y lo visitaría en la cárcel todos los días de visita porque «cada una su cruz», decía, dijo, llorando, mientras las otras Madres la consolaban y ella se dejaba consolar alegremente, entre risitas y cuchicheos, alaridos y risotadas, porque el destino de todos nosotros, dijo, es elegido por las Madres. Condenados, dijo. Las Madres son inflexibles, sangrientas, dijo, incorruptibles. Se rio, moviendo la cabeza. Los padres, inofensivos, todos calvos, todos enanos, jorobados, no hacían otra cosa que mirarnos porque ellos también eran hijos y todas las Madres, además de inflexibles, son iguales como un perro o un tigre o una mosca, a la hora de tirar de la valija, dijo. Se rio, moviendo la cabeza.

Mi cuchillo, dijo. Es todo lo que me separa de Baudelaire, de mis perseguidores, de la cuerda con que todos quieren atarme a mi valija.

Las Madres terribles, del otro lado del vidrio, parloteaban: mi hijo será caballo, mi hijo mosca, mi hijo cocodrilo, sentenciándolos a tirar de las valijas, de las Madres, entre insultos y humillaciones, dijo, y palazos, latigazos en las ancas, en los hocicos, en las alas, etcétera, etcétera. Como la Madre de Baudelaire sentenció a Baudelaire a ser Baudelaire: poeta, sifilítico, endeudado, *dandy*, insultado, humillado, humillado, humillado, dijo; pero con un monstruo, dijo, todo es más inseguro. Peligroso. Fue en contra de su Madre, no el «poetastro» que ella ordenó. Fue Baudelaire, dijo, y yo soy yo, dijo, en contra de mi valija.

Los caballos son como niños, así como las moscas son como niños o niñas, y los cocodrilos niñas siempre, dijo. No entienden, ni las niñas ni los niños, porque los torturan, dijo. Los apalean, dijo.

No entienden por qué la ceguera, las llaves, la sodomía, los golpes, las escaleras, etcétera, etcétera, dijo. Sólo pueden decir: cuando sea grande, como en todos mis sueños, grande y poderoso, invencible por fuera, adulto, pero con un niño loco adentro, un niño rabioso, un niño caníbal, un niño monstruo, cuando llegue ese día, dijo, dicen, o sienten, cuando llegue el Día. *Dies Irae*. Se rio, moviendo la cabeza.

Le dije que no lo había matado: a x. Que solamente lo había cortado. Pero que no era la primera vez que cortaba a alguien, y la policía lo buscaba. Le dije que, mientras dormía, ellos se turnaban para abrir todas las puertas del edificio. Le dije que tenía al azar de su parte. ¿Acaso no habían abierto cientos y miles de veces las puertas de todos los apartamentos del edificio, menos la suya? Me dijo que x lo estaba persiguiendo, lo estaba insultando, entre risitas y cuchicheos, a sus espaldas. Que no era un escritor. Que estaba loco. Que ni yo lo quería. Te amo, le dije. Entonces, dijo, fui a buscarlo y lo herí. Lo señalé, dijo. Lo decapité, dijo. Le dije que estaba vivo. Que yo lo había convencido de que eras inocente. Irresponsable. Un loco, dije. Peligroso, dije. Le dije que le había dicho a x que era peligroso mandarte a la cárcel. Las puertas se cierran, le dije que le había dicho. Pero también se abren, y se cierran, se abren y se cierran, se abren y se cierran, pero también se abren, le dije que le había dicho, algún día: el Día. Se rio, moviendo la cabeza. Le dije que eras un «niño herido», le dije que le había dicho.

Un niño demasiado herido, demasiado, demasiado.

Un niño loco. Un niño rabioso, le dije que le había dicho. Un niño lobo. Un niño monstruo.



FELIPE POLLERI (Montevideo, 1953), autor de culto instantáneo para todos sus lectores, ha publicado más de doce libros de narrativa, donde el verdadero protagonista es un estilo rabiosamente original, divertido e inclasificable, del que no hay manera de salir ileso. Además de estudiar Bibliotecología y de trabajar una docena de años en la Biblioteca Nacional, ha sido columnista en *El País Cultural* desde 2003. Con su amigo Mario Levrero integró el grupo de «Los raros». Entre sus obras destacan *Vidas de los artistas*, *Trilogía del dios negro*, *El alma del mundo*, *El pincel y el cuchillo*, *Los sillones marchitos*, *¡Alemania, Alemania!* y *Todos los cuentos*. Algunos de sus libros han sido traducidos al portugués y francés.